

LOS SUEÑOS DE CADA UNO  
EDICIONES ANTERIORES

1998



2000



2002



2004



2006



2008

Los Sueños De Cada Uno

LOS  
SUEÑOS  
DE  
CADA  
UNO

VI CERTAMEN  
DE RELATOS CORTOS  
E ILUSTRACIÓN



LOS SUEÑOS DE CADA UNO  
bibliotecamunicipal-zamora.com

980 512 726

980 510 432





Edita:  
Ayuntamiento de Zamora  
Biblioteca Pública Municipal

D.L. ??????????

*Reservados todos los derechos. No está permitido reproducir, almacenar en sistemas de información ni transmitir la totalidad o alguna parte de esta publicación cualquiera que sea el medio empleado, sin previo permiso por escrito de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.*

# LOS SUEÑOS DE CADA UNO

VI CERTAMEN  
DE RELATOS CORTOS  
E ILUSTRACIÓN



## LA RED Y LA SED

*El poeta José Ángel Valente nos recuerda en su libro Variaciones sobre el pájaro y la red una vieja historia sucedida una vez en la calle de Los Candiles de El Cairo. Mientras descansaba entre hombres piadosos, un joven intentaba componer un poema en vez de dormir; de pronto, uno de aquellos varones se dirigió en alta voz a él: "Tú no duermes, tú estás componiendo versos". El joven se admiró y le replicó: "¿Y tú cómo lo sabes". "Porque te he visto en sueños anudar una red", volvió a decirle aquel hombre que se lo había adivinado. Esta imagen de anudar una red conviene en gran medida a la condición de todo el que escribe. Se trata siempre de crear una trama, una malla donde atrapar algo, algo de momento indefinible que se escaparía si no lo supiéramos retener. Eso es escribir: trazar un círculo donde quede aprehendido "el pájaro de lo real", como dice la escritora portuguesa Sophia de Mello, o bien tender poco a poco la red llena de nudos para que dentro de ella quede esa materia inaprensible que los hombres y las mujeres no somos capaces de retener de ninguna otra manera si no es ésta. Para esa sed, esa red.*

*Cualquiera sabe que escribir un relato o un poema significa entre otras cosas eso: compartir un espacio que oscila entre la realidad y el sueño; entre lo que hay y lo que no se ve. Lo que ya no somos, lo que no nos atrevemos a ser, lo que no podemos alcanzar lo convertimos en palabras. Y a ver qué pasa. El poeta Francisco Brines ha sido tajante a la hora de expresar de qué estamos hechos "Somos lo que perdemos y lo que deseamos", ha dicho. Eso es: estamos hechos de carencias y de sueños. Pero ¿y si después de escritas las palabras -palabras de pérdida o palabras de deseo casi siempre- surgiera el prodigio y quien las escribe consiguiera llegar adonde ellas mismas llegaron? Eso parece ser lo que el escritor desearía para sí. Por eso escribe.*

*Pero hay algo más: el hecho de enseñarlo a los demás implica que también hace a los otros merecedores de esa fruta distinta que tiene color, sabor y olor aunque nunca haya existido necesariamente como tal. De modo que el escritor que quiere compartir sus criaturas con el resto del mundo da un paso más sobre lo que le ocurría a aquel joven de El Cairo. No sólo compone para sí mismo una red llena de nudos sino que la muestra a los demás para que miren lo que hay dentro de ella. Por eso, el reproche de aquel varón piadoso que recrimina al muchacho por no dormir ha de entenderse también de esta manera: tú no puedes expresarte para ti solo, parece decirle con cierto enojo; ahora cuenta a los demás lo que se ha formado con azar y constancia en tu imaginación. Dicho de otra manera: da un paso más y entrega al mundo, para que haga con ella lo que quiera, la presa de esa red.*

*Así es el escritor, el verdadero escritor, un hombre o una mujer que intenta poner los sueños de cada uno –como reza el lema de este certamen de relatos que comenzó en 1996 y sigue rodando lleno de salud y de confianza– en una red común y sin dueño para que todos puedan acercarse a ella y probar, probar a ver si los suyos están también allí, donde menos esperaba.*

*¿Pero hay alguna otra emoción en comprobar cómo doce años después en nuestra pequeña ciudad se mantiene encendida esta antorcha cuidadosa que año a año nos vuelve a recordar que hay nuevos sueños, nuevos nudos en la red? Se me ocurre algo al respecto. Mantener esa palabra –“sueños”– en el lema de este certamen de relatos es un desafío a una época estrictamente racional, en la que la operación intransferible de soñar se ha dejado en manos de artilugios más o menos sofisticados que ya sueñan por nosotros o al menos condicionan exageradamente la dulce pasta indescifrable de los sueños, sus locas carreras más allá de la lógica y la tecnología. Fue Pascal quien dijo en el siglo XVII aquello: “Aude putere” (“Atrévete a pensar”), y así se intentaba desterrar el territorio de la superstición; luego, los románticos del siglo XIX transformaron aquella propuesta en ésta otra: “Atrévete a soñar”. Por fin, Octavio Paz cerró el asunto con admirable bucle moral: “Merece lo que sueñas”. En efecto, en un mundo en el que parece que los sueños sólo convienen si son rentables para nosotros desconocidos no basta con saber soñar sino que hay que merecer lo que se sueña.*

*En este sentido, los relatos de esta edición de 2007 vuelven a abrir en distintas direcciones las compuertas de la imaginación compartida y tienden ante los lectores una red -*

*jotra más!- donde yacen criaturas y vidas que ya son de todos al ponerlas en pie en el noble ejercicio de la lectura. Y es que no hay sueño merecedor de cumplirse si no se cuenta en voz alta. Las mujeres de la Europa Central tenían la costumbre de escribir diarios de sueños; mientras los hombres se aplicaban a otros tipos de escritura y manchaban su vida de contabilidad, ellas anotaban aquello que soñaban. ¿Qué estaban haciendo en realidad? Probablemente completar el sentido abaratado de la vida de quienes suponían que existir era cosa de números y tristes previsiones nada más. Anotar sueños era, claro, tender esa red llena de nudos imposibles a los ojos de los demás: palabras contra espacios en blanco. Unos sabrían descifrarlas y otros comprenderían los espacios mejor que las propias palabras (“leer entre renglones”, se dice atinadamente en castellano) pero cada quién reconocería algo de sí mismo en cada uno de esos episodios contados por mujeres anónimas y soñadoras. Como siempre, las mujeres alerta, salvaguardando lo que pasa inadvertido para casi todo el mundo. En ese momento, escritura y sueño se confunden. Una atrae al otro y viceversa.*

*Creo que esa soldadura se mantiene en Zamora hasta hoy en esta iniciativa que seguimos celebrando todos, no solamente los ganadores de cada edición del certamen “Los sueños de cada uno” sino todos los que concurren a él y, aún más allá, los lectores que seguimos esperando a lo lejos cada año que, mientras la ciudad agoniza como un animal lento y silencioso, aparezca la red con nuevas presas que nos hacen falta para encararnos mejor a las asechanzas de esta hora del mundo.*

*A esa estirpe de lectores pertenece quien escribe esto. Buscadores de sueños, podríamos llamarnos. Eso es, leemos porque somos buscasueños. Pero, no lo dude nadie, somos legión los que para reconocernos mejor necesitamos entrar en sueños de otros e intentar merecerlos, como decía Octavio Paz. Tenemos suerte: cada año en la red siempre hay presas de nuestra propia talla que nos esperan llenas de cercanía porque en ellas hay algo de nosotros. ¿O quién no sintió que ya hablaba de sí quien empezó por vez primera a contar delante de él algo que comenzaba así: “Érase una vez...”?.*

TOMÁS SÁNCHEZ SANTIAGO  
Escritor



PREMIADOS  
EN RELATOS CORTOS

Primer premio

**RECONQUISTA**  
**SEIS GUARDIANES Y UN CABALLERO**

Luis Jacinto Gómez Escobar

Segundo premio

**ASESINO POR CULPA**  
**DE UN TRASTORNO MAL CURADO**

Miguel Ángel Carroza Barroso

Tercer premio

**EL ESCRITOR DE CARTAS DE AMOR**

Francisco David Rúa Caballero



PREMIADOS  
EN ILUSTRACIÓN

Primer premio

**SIN TÍTULO**

Alberto Vázquez Rico

Segundo premio

**INSOMNIO**

Tomás Gimeno Ramallo

Tercer premio

**PERSIGUIENDO LOS SUEÑOS**

Gisela Bombilá Murillo



RELATOS



RECONQUISTA  
SEIS GUARDIANES Y UN CABALLERO?



Primer premio de relatos

Luis Jacinto Gómez Escobar



Fueron siete, seis caballeros guardianes y una dama de compañía: el mejor séquito para el mayor tesoro. El propio rey lo formó: eligió a los más valientes, a los más inteligentes y a los más fuertes. Y puso al mando a Alonso, un joven que no estaba acostumbrado a encabezar misiones tan importantes, pero que hacía de su sentido de la responsabilidad su mayor virtud. Todo era poco para proteger a la hija del rey de Arzana.

-Mi padre dice que los de Arzana son unos infieles, que pactan con los moros.

El vagabundo se sonrió ante la interrupción del niño:

- Tu padre tiene algo de razón. Arzana es el más rico de los reinos cristianos, sus torres y castillos no tienen comparación en toda la península. Pero parte de su prosperidad se la debe a que mantiene unas relaciones muy productivas con Altiba, el reino taifa más poderoso del sur de la península. Precisamente acordó el matrimonio de su hija Beatriz con el heredero al trono de Altiba para asegurarse su apoyo. Así de caprichosa es a veces la mente humana, capaz de unir una novia del norte con un prometido del sur.

El rey de Arzana no se preocupó de pedir la opinión de su hija Beatriz, ni ella se esforzó en darla. Aunque al padre no le quebraba el sueño la felicidad de su hija en tierras musulmanas, sí que le preocupaba que aquel plan se llevara a cabo sin ningún contratiempo y para ello puso todos los medios para que ella llegase a las tierras de la media luna con toda la seguridad que le podrían ofrecer seis guardianes sin parangón. Con Armando, cuya rectitud le había servido para mantener el orden en las ciu-

dades más difíciles de Arzana. Con Fernán, que se ganó su puesto no por presumir y destacar, sino por su regularidad y sensatez. Con Gabriel, noble de sangre y de espíritu, que había liderado las misiones más complejas con el éxito más rotundo. Con Juan, el que mejor dominaba el arco y la espada porque a falta de padres, desde recién nacido vivió su orfandad entre soldados. Con Pastor, el mayor de todos, que con el paso de los años había ganado tanto en fortaleza como experiencia. Y para animar a la hija del rey, también viajaba Blanca, una humilde muchacha del agrado de Beatriz, que conjugaba sencillez y prudencia.

## LA CIUDAD DE LOS PLACERES

Con tal séquito, en las calles nadie dudaba de que Alonso volvería triunfal de Al-tiba. Lo que los súbditos de Arzana no podían prever es que los problemas llegaron en cuanto la comitiva se alejó de las tierras que les eran familiares y cruzaron las fronteras, exponiéndose a toda clase de peligros y obstáculos. Los caballeros no dejaban de quejarse por ver recompensada su fidelidad al rey con una misión insulsa, por la que no merecía la pena ni pasar frío, ni hambre. Gabriel se sumaba a aquellas palabras, pero era la ausencia de poder lo que realmente no soportaba. Alonso, aquel muchacho sin experiencia ni méritos, se había atrevido a arrebatarse el liderazgo que tan bien había sabido llevar durante sus años de servicio. Sin embargo, no fue él quien primero desertó. Cuando cruzaron el camino que llevaba a Bercilea, la ciudad de los placeres, fue Armando el que ordenó detenerse a su caballo. A un lado le esperaban tabernas, comilonas y mujeres. Al otro, cansancio y sufrimiento. La elección estaba clara.

-Yo no sigo. Ya he aguantado bastante. No quiero que mis años de trabajo se ensucien ahora participando en un regalo a los musulmanes.

-Lo que no quieres es continuar porque es más fácil emborracharse todas las noches, en vez de pasarlas a la intemperie -sentenció Gabriel-. Alonso, aunque sé que no te puedo exigir nada, te pido que detengas a ese traidor o que ordenes su muerte.

Alonso se dirigió hacia Armando:

-Prefiero perder a un hombre a tenerle junto a los demás envenenándolos con ideas tan perniciosas como las tuyas. Si prefieres los placeres efímeros de Bercilea a cumplir con tu cometido, aquí se acabó tu camino.

Armando ni siquiera le contestó. Giró su caballo como toda respuesta y se marchó en dirección a la que muchos creían el paraíso terrenal. Alonso tampoco quiso decir nada más; se limitó a seguir el itinerario como si nada hubiera ocurrido.

Las malas lenguas dicen que Armando, el hombre recto y respetable pasó esa misma noche en Bercilea en la cama de una mala mujer a la que fue contando entre vaso y vaso de vino toda su historia. A la mañana siguiente unos guardias le levantaron y se lo llevaron a Arzana, donde le esperaba lo que a todos los traidores: la muerte. La mujer se había encargado de tenderle una trampa, porque después de tantos años vendiéndose a sí misma, había descubierto que ganaba más dinero vendiendo a los demás.

## LA MONTAÑA DE LOS LOBOS

La traición de Armando no sólo supuso su muerte, sino también la del grupo. Gabriel, a cada paso más contrariado por no tener las riendas de esa misión no cejaba en sus burlas y quejas de la actuación de Alonso. Fernán era el máximo apoyo para el controvertido mando de aquel séquito, mientras que Pastor, también molesto por la rápida ascensión del joven, se sumó a las críticas emponzoñadas de Gabriel. Cualquier decisión que se había que tomar se convertía en motivo de disputa, así que era igual si se elegía el camino seguro o el atajo: siempre el mismo caballero estaba en contra. Sólo Juan mantenía la boca callada. Su mutismo se había convertido en algo habitual, pues durante todo el trayecto apenas había pronunciado palabra alguna. Blanca tampoco quería decantarse por ninguno de los dos líderes y sólo le preocupaba que Beatriz tuviera un viaje agradable.

Uno de los grandes obstáculos que debían sortear en el camino era la peligrosa montaña de los lobos, también conocida por la cantidad de cuevas que la agujereaban

y se comunicaban en su interior. Apenas habían alcanzado sus estribos cuando comenzó a anochecer. Para Alonso aquel contratiempo no supondría un gran problema: eligió una cueva pequeña para que pudieran dormir todos a resguardo y preparó fuego en la entrada para ahuyentar a los lobos. No había terminado de exponer sus planes, cuando Gabriel pidió la palabra. A él la idea no le parecía tan satisfactoria. Hacía muy buena noche y no entendía por qué tenían que acostarse en un suelo duro y húmedo cuando podían pasarla entre la hierba.

-Fuera estaríamos desprotegidos -replicó Fernán-. ¿No has oído a Alonso?

-La lumbre es tan eficaz a la entrada de una cueva como fuera.

Alonso no se preocupó de seguir el juego de Gabriel y se limitó a trabajar con los demás para instalarse en el refugio. No fue fácil para ninguno dormirse con los desgarradores aullidos de los lobos, pero el cansancio fue haciendo que poco a poco todos fuesen devorados por el sueño. Sólo la irregularidad del suelo hizo que Gabriel no pudiera dormir a gusto y al llegar la media noche aprovechó el sueño de los demás para levantarse sin que se dieran cuenta. Silenciosamente se acercó con una tea a la salida de la cueva y la prendió con el fuego de la lumbre. Salió confiadamente y con la seguridad de que esta vez daría el golpe de efecto necesario: a la mañana siguiente todos se levantarían con la espalda dolorida, mientras que, por el contrario, él se encargaría de recalcar que había pasado la noche plácidamente, disfrutando de la buena temperatura y de la comodidad de la hierba.

Dio los primeros pasos por el risco y percibió que ni los lobos aullaban ya. De todas maneras estaba seguro ¿o acaso el fuego de la antorcha que llevaba en la mano no era el mejor arma para ahuyentarlos? Y sin embargo, cuando ni siquiera se había alejado de la cueva, una sombra saltó a uno de sus lados. Nada le había ocurrido, sólo el golpe hizo caer la tea por la ladera de la montaña. Gabriel respiraba pesadamente; no sabía qué clase de animal se había atrevido a desafiar el dolor de las llamas, pero no iba quedarse parado a comprobarlo. Decididamente se giró y corrió hacia la cueva. Por suerte, la lumbre hacía las veces de la luz guía de un faro y le indicaba que estaba

muy cerca. En la quietud de la noche negra y silenciosa no parecía que nada le siguiese. Aun así no se tranquilizó y continuó corriendo hasta que a unos tres pasos de la cueva una mancha negra se interpuso entre él y el fuego. Gabriel se volvió a dar la vuelta. Dio otro paso y descubrió a otro lobo de frente, y a su costado...y al opuesto. Todos saltaron a la vez y no le dieron ni la oportunidad de pedir auxilio.

Varias horas después, cuando despertaron y descubrieron que Gabriel faltaba en la cueva, Pastor se jactó de que estaría tranquilamente tumbado fuera. No le faltaba razón, lo que los lobos no quisieron de Gabriel seguía ahí, a la salida, tras una noche a la intemperie, tal y como él había querido. Después de enterrarle a los pies de la montaña el séquito, ahora con sólo cuatro caballeros guardianes, siguió su camino hacia Altiba.

## EL PUEBLO BANDIDO

Bien saben los más ancianos aventureros que cuando las montañas no desaparecen del paisaje, siempre hay un peligro acechante. Todos sabían que por aquellos parajes, entre los riscos y salientes, se escondían los ojos insaciables de los habitantes del pueblo bandido, que saqueaba sin piedad a los que cruzaban por aquellos desfiladeros sin escapatoria. El pueblo bandido era una aldea, laboriosamente oculta y protegida, que nadie jamás había visto y nadie jamás podría ver. Los hombres del pueblo eran los que por grupos atacaban a los viajeros, las mujeres llevaban la dirección de la aldea y se encargaban de la enseñanza de los niños, que antes de aprender a hablar ya entrenaban su puntería, agilidad y su dominio de las armas. Todos ellos tenían una marca en el pecho que se les hacía al poco de nacer y que les mantenía unidos para la eternidad: una marca que imitaba la huella de un lince.

El pueblo bandido tenía atemorizados a todos los peregrinos, comerciantes y viajeros que debían cruzar la gran zona montañosa que recorría la península de norte a sur. Alonso también conocía lo que les esperaba y bien se preocupó de que todos estuvieran listos y preparados ante cualquier detalle extraño. Juan era el que tenía

mayor capacidad de concentración y observación y por eso abría todo el séquito, pendiente de dar la alarma en cuanto fuera necesario. Pasaron los días y crecía la calma en aquellos parajes, una señal de que los habitantes del pueblo bandido preparaban un ataque sorpresa. Y ese momento llegó cuando las montañas eran más grises y la vegetación más oscura.

Como si fueran sombras de bestias en vez de humanos, saltaron todos a la vez por varios lugares, sin dar tiempo a reaccionar. Eran muchos, y aunque no estuvieran tan preparados como los caballeros guardianes de Arzana, su arrojo y fuerza los hacía superiores. Los caballos se encabritaron y Alonso no cesaba en vano de dar órdenes para de nuevo rectificarlas por la rapidez con la que se sucedía el ataque. Sus fuertes gritos se ahogaban entre las voces de ánimo y coraje de los bandidos. Tiraban de las bolsas y de los arcones al suelo, acorralaban a los caballeros, asustaban y arrastraban a las damas. Los gemidos de Beatriz hicieron que Alonso se olvidara de ganar aquella batalla y se centrara en proteger la mercancía más valiosa que llevaban a Altiba, aunque aquello significase perder al resto de sus hombres.

Pero antes de que llegase a la hija del rey de Arzana, un grito del jefe del pueblo bandido los paralizó a todos. Sin razón aparente dejaron el ataque y se concentraron alrededor de donde permanecía su líder. Alonso se giró para ver lo que ocurría. Pastor y Fernán también se dieron la vuelta al desaparecer los hombres con los que combatían. Beatriz y su dama de compañía levantaron la cabeza atemorizadas. Todos los asaltantes miraban asombrados a Juan; su jubón había sido rasgado por uno de ellos, pero entre la sangre de su pecho también se distinguía una señal, y en forma de huella de lince.

Los instantes en los que los bandidos quedaron paralizados duraron poco. Con la misma algarabía que durante el ataque, dejaron bolsas y dinero, joyas y alimentos, pero se llevaron entre cuatro hombres al caballero herido. Alonso tardó en reaccionar, el descubrimiento del pasado incierto de Juan pesaba demasiado en su cabeza. Blanca, fue la que medio llorando, los despertó a todos:

-¡Id por Juan! ¡Se lo llevan! ¡Lo van a matar!

Fernán, Pastor y Alonso corrieron en la dirección por la que habían huido los bandidos, pero en unos minutos ya no veían ni al último de ellos. Cuando hubo transcurrido una hora, estaban tan perdidos en el bosque montañoso, que cuando la fortuna les llevó de nuevo al desfiladero donde los esperaban Beatriz y Blanca, decidieron seguir el camino y olvidar, no sin pesar, el incidente. La dama de compañía no pudo evitar romper a llorar cuando los vio regresar sin Juan. Fernán se acercó y le dijo unas palabras para consolarla sin mucho éxito. Detrás vino Pastor:

-Tranquila, no le matarán. Es uno de ellos. A lo mejor a la vuelta es él quien no saquea.

El llanto de Blanca se apagó. Dolida por la pérdida y por el comentario, se levantó con más fuerza si cabe: ya no estaba dispuesta a que perdieran más tiempo. Quería acabar ese horrible viaje cuanto antes.

## EL ZOCO DE JINA

En los días siguientes quedó bien claro que la doncella no parecía la misma chiquilla humilde que salió de Arzana. La pérdida de Juan sólo acentuó un cambio que ya había mostrado desde que cruzó la frontera del reino cristiano. Ahora era una joven que rozaba el descaro y la altanería, pero que había logrado mantener la simpatía y confianza de la hija del rey. Su influencia sobre ella era notable, y lo que para Alonso no era más que un detalle insignificante, para Pastor se había convertido en un motivo de recelo. En muchos casos la marcha del séquito se había interrumpido por un capricho de Beatriz, o lo que era lo mismo, por uno de Blanca. Incluso cuando dejaron atrás la zona montañosa y se adentraron en territorio musulmán, la joven doncella consiguió por boca de su señora que se desviarán para acercarse a ver el afamado zoco de Jina. Pastor se puso rojo de ira cuando Alonso aceptó la propuesta.

No dejaba de ser cierto que el mercado de Jina se merecía llegar con un día de retraso a Altiba. Prácticamente toda la ciudad estaba tomada por tenderetes. El barrio

lujoso acogía los de artesanía, mientras que la zona pobre se llenaba de alegría con los puestos de comida que ofrecían desde los víveres más populares a los productos más extraños. Se vendía lo que llegaba del norte de la península, lo que se traía del sur, los cultivos de Europa, las frutas de Asia, los licores del norte africano... Pero la fama del mercado de Jina se debía a los artesanos que acudían a la meca del trabajo manual en toda la península. Se agrupaban en círculos, los joyeros a un lado, la piel a otro, aquí el cristal, allá las armas, en esta esquina la madera, a la vuelta la piedra, de forma que la plaza de Jina y sus calles cercanas eran un laberinto, un entramado circular, un mosaico que enganchara a los visitantes.

Beatriz no dejaba de agradecer a su amiga la gran idea que había tenido, pues estaba disfrutando con todos sus sentidos de tal espectáculo. Los brillos de los azulejos le llenaban los ojos, los cantos de los pájaros, que se vendían en sus preciosas jaulas doradas, acaparaban sus oídos, los perfumes le habían hechizado la nariz. Pastor, Fernán y Alonso acompañaban a las dos mujeres atentos a cualquier altercado. Pero para el mayor de los guardianes no había peligro más grave que las pretensiones de Blanca:

-¿Os habéis fijado en ese colgante? -le comentó la dama a Beatriz-. Es precioso. Sé que no es muy refinado para la hija del rey de Arzana, pero tiene una piedra tan bonita... ¿Qué tal me quedaría?

Y mostró a Beatriz la piel clara de su cuello:

-Estarías muy hermosa.

-Lástima que yo no tenga suficiente dinero para comprarlo. Con gusto gastaría todos mis ahorros en él... ¿Por qué no me lo regaláis? -Blanca se asustó ante la sorpresa del gesto de la hija del rey de Arzana-. Sé que no debería pedir tal cosa, pero creo que siempre he hecho bien mi trabajo y he sido yo quien os ha traído a este maravilloso lugar. Mi señora, tenéis miles de joyas y bien sabéis que este colgante es una baratija en comparación con cada una de ellas. Mis caprichos no son caros para mi señora.

Pastor interrumpió decidido la conversación.

-El dinero que lleva tu señora no es para comprarte una piedra, sino para su futuro matrimonio con el heredero de Altiba, así que ya estás olvidándote de que tus caprichos no son caros.

Blanca miró furiosa a Pastor:

-Los hombres no entendéis nada.

Pero Beatriz no estaba muy animada a cumplir el deseo de su dama:

-Lo siento Blanca, pero Pastor tiene razón. Éste no es el momento. Cuando estemos en Altiba buscaré una joya mucho más cara y elegante para que adornes un cuello tan precioso. Sólo te pido que esperes a que estemos allí y a que me haya casado. ¿Lo comprendes?

Blanca asintió con una resignación mal disimulada. El séquito siguió avanzando por el mercado, pero la doncella quiso quedarse un rato más ante el colgante que por un instante soñó que sería suyo. Si su señora no se lo quería ofrecer como presente, ella misma se tendría que hacer con su regalo. No sería difícil, pues el tendero estaba todo el tiempo de un lado para otro, pendiente de cien mil cosas a la vez. Sólo tuvo que esperar un descuido. En una de sus idas y venidas, tiró uno de sus anillos al suelo y el joyero se agachó pronto a recogerlo. Blanca actuó rápidamente: alargó la mano, tiró del colgante y lo guardó entre los pliegues de su vestido. Se sonrió por su destreza; ya podía volver con Beatriz.

Su felicidad duró poco: en cuanto se volvió, un musulmán la señalaba con su dedo y profería los más obscenos insultos contra la chica. Blanca no quería quedarse sin joya y sin mano, apretó el colgante en su puño y salió corriendo. El mercado entero se revolucionó, muchos de los presentes salieron tras la joven, que intentaba deshacerse de todos adentrándose más en las entrañas del zoco. Sus piernas eran fuertes y corrían con rapidez. Ella y sus perseguidores dejaban tras de sí hombres por los suelos, tenderetes a medio caer, jarrones rotos, aceites derramados y monedas volando por el aire.

Blanca giraba a un lado y a otro, cruzaba la zona de los arcones, torcía por los unguentos, se metía entre las esculturas y volvía de nuevo a un sitio por el que ya había pasado antes. La desesperación no podía vencerla y seguía corriendo, intentándolo por otro pasillo, pero de nada valían sus intentos: el laberinto del mercado la asfixiaba. Cuando estaba a punto de rendirse, acechada por el cansancio, divisó a lo lejos a Pastor. Corrió en su dirección, pensando que con un poco de suerte conseguiría que todos saliesen cuanto antes de Jina. Sus gritos hicieron que todo el séquito se volviese. Beatriz se asustó al ver a lo lejos a Blanca correr hacia ella, con los ojos desorbitados, la boca seca de llamarles y la ropa hecha jirones. Alonso y Fernán corrieron por la doncella, pero cuando estaban a punto de recogerla en sus brazos, unos guardias la atraparon por la cintura y la arrastraron para sí. La voz ronca de Blanca clamaba a sus compañeros de viaje:

-¡Salvadme! ¡No dejéis que me lleven!

Alonso y Fernán no salían de su asombro. En un último esfuerzo, Blanca tiró el colgante al aire. Pastor lo cogió al vuelo y lo comprendió todo en un instante. Uno de los guardias se acercó y el caballero cristiano le entregó la joya, que inmediatamente fue devuelta al tendero. La multitud atónita del mercado se tragó a los guardias y a Blanca, ante los ojos desconcertados de Alonso, Fernán y Beatriz. El cuarto de ellos, Pastor, no estaba tan sorprendido:

-Tan pobre y tan humilde... Yo sabía que algo guardaba esa perra.

Beatriz le miró fijamente:

-No vuelvas a hablar así en mi presencia. Creo que no hace falta recordar a quién sirves, ni quién eres. Tal vez el próximo que se salga del séquito seas tú.

A partir de esa amenaza Pastor se midió mucho más en sus comentarios.

## LA POSADA HEBREA

Quizás contenido por una tranquilidad demasiado tensa, el séquito avanzó en los siguientes días sin ningún problema. La meta la tenían muy cerca, tanto que les pa-

reció un contratiempo increíble que al anochecer del penúltimo día se tuviesen que conformar con dormir en una posada desde la que se veía a lo lejos la ciudad de Al-tiba. Dejarían para el día siguiente su particular reconquista.

La posada la dirigía un judío mayor al que le ayudaban sus dos hijos mellizos, una joven y guapa chica de ojos negros, que encandilaba con su dulzura y andares a todos los clientes, y un eficiente y fuerte chico, que trabajaba sin descanso en la venta. Entre los tres la mantenían cuidada, apta para acoger a la hija de un rey. Pastor, en cambio, hubiera preferido mil veces antes, dormir en la calle. No le incomodaba las condiciones de la posada, ni el lecho, ni la comida, pero llevaba muy mal pagar a judíos y comer entre musulmanes. Se pasó toda la cena criticando a unos y maldiciendo a otros, sin importarle hacerlo en voz alta. Fernán le pedía que se callase, que le oirían, pero Pastor se embravecía y decía muy seguro que no tenía miedo, que si se ponían valentones, él ya se ocuparía de mandar al infierno a unos cuantos infieles. Alonso y Beatriz tampoco le decían nada a Pastor, no aprobaban sus palabras, pero parecía que estaban en otro lugar, lejos de esa posada. Probablemente la hija del rey pensaba en su futuro, en el poco tiempo de libertad que le quedaba, puesto que en menos de un día vería a su marido. ¿Y Alonso? Él seguro no tenía en la cabeza más que el accidentado viaje, los compañeros perdidos, las explicaciones que debería dar en Arzana. Al menos le quedaba el alivio de que la misión sería cumplida satisfactoriamente y no sería de extrañar que el rey cristiano le deparase por su trabajo una buena recompensa. Quizás eran esos pensamientos los que abrumaban a Alonso y a Beatriz y los que hicieron que les costase demasiado conciliar el sueño y tenerlo tan frágil como la seda, a punto de rasgarse con cualquier ruido. Fue Pastor el que los acabó despertando.

El caballero que presumía de más experimentado salió de su habitación a la medianoche. Sabía muy bien dónde tenía que ir. Bajó con sigilo las escaleras y se dirigió a la cocina. Era la única estancia en toda la posada en la que quedaba algo de luz: los restos de una vela que estaba usando la joven judía mientras terminaba de recoger.

Pastor entró con cuidado en la habitación, acercándose a su presa. La hija del posadero estaba de espaldas, cumpliendo su tarea sin percatarse de la presencia de un cliente que quería algo más que cama esa noche.

Al igual que saltan los perros al ataque, Pastor se tiró hacia la chica. La cogió por la cintura y la tapó la boca mientras la llevaba a la pared. La judía trataba en vano de deshacerse de aquel hombre que la olía lascivamente de arriba a abajo. En cuanto llegó a su cuello, comenzó a besarla con fuerza, subió lentamente por la barbilla y se acercó a los labios. Antes de profanar su boca, se detuvo para contemplarla con deseo y susurrarle:

- Déjame que te convierta a mi manera.

La hija del posadero intentó pedir auxilio, pero Pastor le cerró los labios con fuerza. Sus gritos se morían antes de salir de la cocina, pero siguió revolviéndose contra la pared y aunque parecía que no conseguiría escaparse, al final logró deshacerse de las garras que la apresaban. Corrió un poco antes de que el caballero la volviese a cazar, pero esta vez no alcanzó a taponar la boca de la judía y ella desgarró su voz en una petición de socorro.

Alonso bajó corriendo para saber qué era lo que estaba ocurriendo. No se podía imaginar lo que se encontraría al llegar a la cocina. El hermano de la judía había llegado antes, desbocado de furia y con un puñal en mano. Pastor, obsesionado por no dejar escapar a su presa, sólo se dio cuenta cuando sintió cómo se clavaba en su espalda la punta de la daga. Sus rugidos despertaron al posadero, a Fernán, a la hija del rey de Arzana y a todos los clientes de la venta.

Alonso no sabía cómo solucionar tal agravio que se había producido bajo su mando. Sin perder más tiempo, y ayudado por Fernán, sacaron en plena noche al herido y lo llevaron a la aldea a la que pertenecía la posada. Tuvieron que ofrecer una gran cantidad de dinero, pero al final, tras mucho esfuerzo, consiguieron que una familia se ocupase de la curación de Pastor y de su alimentación hasta que Alonso volviera por él cuando terminase su misión en Altiba.

## ALTIBA

Todavía no había amanecido y después de una noche en la que apenas habían dormido, los dos caballeros guardianes que quedaban salieron hacia el final de su odisea. Habían perdido a muchos compañeros, pero al menos conservaban el tesoro que llevaban al heredero musulmán. Altiba recibió al séquito con un sol que desde todo lo alto impartía su justicia en toda su plenitud. La ciudad bullía en vitalidad en los barrios pobres, con la muchedumbre inundando las calles estrechas y con las casas apriionadas unas contra otras. La zona rica estaba menos animada, pero era todo un espectáculo para los ojos, en los ropajes de los grandes señores de Altiba y sus mujeres, en la magnitud de las mansiones, en los adornos lujosos y exóticos, en las fuentes tintineantes, todo envuelto en un ambiente de competición para demostrar quién tenía más dinero o influencias.

Toda aquella urbe, rica y pobre, estaba dominada por la alcazaba, que se erigía orgullosa en lo alto de un monte, cuyos pies refrescaba el mar. Sus torres cuadradas se superponían a diferentes alturas, sus murallas se retorcían de un lado a otro como si se tratasen de serpientes, dejando crecer entre medias vergeles que contrastaban su verde con el dorado de las piedras. Alonso, Fernán y Beatriz invirtieron cerca de media hora para subir a lo largo de toda la alcazaba antes de llegar a su cima, donde los antepasados del rey de Altiba habían construido su residencia. Entre patios, arcos y azulejos, llegaron a la estancia donde el monarca esperaba a sus visitas. Fernán se mostraba bastante orgulloso y satisfecho del trabajo hecho, sin embargo Alonso mantenía su habitual rostro serio y Beatriz estaba visiblemente nerviosa, pendiente de todo lo que pasaba, ansiosa y temerosa a la vez de ver a su prometido.

La espera se hizo larga, se diría que insoportable, hasta que unos criados anunciaron la entrada en pocos instantes del rey de Altiba y su hijo. Beatriz asustada miró a Alonso ante tal aviso. El caballero volvió sus ojos a su compañero:

-¡Fernán! No la puedo entregar.

-¿Qué estás diciendo?

-Que no se la voy a dar al heredero de Altiba.

Fernán miró extrañado a Alonso y Beatriz, sin comprender exactamente qué pasaba:

-¿Y qué vas a hacer? ¿Desobedecer las órdenes del rey de Arzana?

-Obedezco los deseos de su hija –respiró profundamente-. Y los míos.

Fernán dio un paso hacia él encolerizado: apenas daba crédito a lo que acababa de oír:

-Lo tendría que haber supuesto; ¡sí no eres más que un crío! ¿Cómo se os ocurre hacer algo así?

-Algún día te pasará algo parecido Fernán –susurró Beatriz-. Comprenderás que se puede luchar contra infieles, contra reyes y soldados, pero no contra el amor.

Alonso no podía seguir dando explicaciones, pues apenas les quedaba tiempo. Cogió a Beatriz por el brazo y la sacó de la estancia para salir corriendo de Altiba. Fernán tampoco se podía quedar solo ante el rey. Antes de que éste apareciese, salió de la habitación y siguió a su compañero en su huida de la alcazaba. En cuanto el monarca puso los pies en la habitación, se quedó extrañado de que el tesoro que esperaba hubiera desaparecido. Unos criados entraban en esos momentos casi sin respiración para comunicarle que habían visto escapar a unos cristianos. La sangre del rey se oscureció de rabia y ordenó iracundo a sus soldados que los atraparan.

Al pie del monte, los tres cristianos no habían terminado de salir de la alcazaba cuando vieron horrorizados cómo las tropas de Altiba les seguían los pasos. A duras penas alcanzaron sus caballos y mientras Fernán montaba al suyo, Alonso cogió su corcel y Beatriz se subió detrás de él. Se abrazó fuertemente a su cintura y los dos caballeros se adentraron en la laberíntica ciudad al galope. Entre las calles de Altiba vieron alguna vez a lo lejos a los soldados del rey, pero aprovecharon el trazado de la ciudad para burlarlos y lograr que les perdieran de vista.

Tras pasar prácticamente toda la jornada enfrascados en un peligroso juego de despistar a su perseguidor, un juego del que no podían salir vencidos, consiguieron

escapar de aquella ratonera de casas sin que ningún soldado les siguiera. Durante toda la noche no dejaron de cabalgar, pero antes del amanecer se dieron cuenta de que los caballos estaban demasiado agotados para seguir. A los dos caballeros no les quedó más remedio que elegir un lugar recogido y escondido, detrás de un terraplén, para pasar lo que quedaba de oscuridad. Y entre una luna mortecina y unas estrellas apagadas llegaron los reproches:

-Lo que habéis hecho es una locura –volvió a la carga Fernán.

-Sé que nos arriesgamos mucho, pero no me importa si tengo que vagabundear o si los soldados han estado a punto de apresarnos –afirmó Beatriz-. Prefiero que me maten a tenerme que casar con un desconocido.

-¿Y no pensabais lo mismo en Arzana?

-No, entonces no. Para mí, casarme con quien me encomendaba mi padre era mi misión, mi mejor manera de demostrar mi obediencia. Pero ahora he aprendido lo que es querer de verdad y no importa traicionar Arzana si lo hago por el hombre que me ha devuelto la vida.

-¿Ves Fernán? No es tan difícil de comprender –espetó Alonso.

-Claro que es muy fácil entender lo que sentís y que por eso os arriesguéis a contradecir a dos reyes, pero con vuestra rebeldía me involucráis a mí también. A mí me persiguen como a vosotros dos, no puedo volver a mi hogar y nadie me preguntó si era eso lo que quería.

Alonso le sostuvo la mirada desafiante.

-Lo siento Fernán, siento haberte sacrificado por mi felicidad. Comprendo que me tengas por un egoísta.

Al caballero se le escapó una risa nerviosa y a la vez indignada por lo que acaba de oír.

-No puedo creer que me esté hablando el jefe responsable. Al menos podías haber escapado con ella antes de llegar a Altiba, y no dejarlo para unos instantes antes de que apareciese el rey. Ahora sus soldados nos buscan a los tres.

-¡No era una decisión fácil! No lo tuvimos claro hasta el último momento -trató de explicarle.

-Y no os importó jugaroslo todo allí mismo, en la alcazaba de Altiba -continuó-. Podéis negarlo, convencersos de qué habéis hecho bien, pero con el paso del tiempo recordaréis cada vez con más fuerza vuestro error: pues al arriesgar vuestras vidas, también habéis puesto en peligro la mía.

-¡Fernán! Deja ya tus reproches -le recriminó Beatriz.

-¡No! No lo haré -le contestó airado-. Aunque no queráis, tenéis que enfrentaros a la irresponsabilidad de vuestros actos.

Alonso se levantó irritado. No podía aguantar más la actitud insolente del caballero.

-¿No has oído lo que te ha ordenado Beatriz?

-Beatriz ya no puede ordenarme nada. Ya no es la hija del rey de Arzana, ella es una traidora más, como tú y como yo. Mas te juro que si me pasa algo, no descansaré vivo o muerto hasta hacéroslo pagar. Y si no soy yo personalmente, será vuestra conciencia...

Esta vez Fernán no pudo terminar sus reproches. Cinco soldados de Altiba salieron detrás del terraplén y capturaron al caballero cristiano. Alonso y Beatriz pudieron reaccionar a tiempo y consiguieron alcanzar su caballo, se subieron a él y cabalgaron hacia el norte de la península sin descansar, escondiéndose cada vez que paraban, metiéndose en senderos rebuscados y peligrosos, perseguidos constantemente por los soldados de Altiba y escabulléndose siempre de ellos, escapando de las garras del reino taifa a cada instante, sin descanso... hasta que cruzaron la frontera y dejaron el peligro, ...y a Fernán atrás.

Aquella huida no fue el único obstáculo que tuvieron que afrontar Alonso y Beatriz. También se vieron obligados a reconstruir su vida en otro reino cristiano, cuando no tenían nada en sus manos, y tuvieron que trabajar como no lo habían hecho antes. No fueron los únicos que rehicieron sus vidas lejos de Arzana. Pastor se

recuperó de sus heridas rápidamente, pero ninguno de sus compañeros acudía a recogerle. Cuando a la familia que le cuidaba se le acabó el dinero que les habían dado por ocuparse del guardián cristiano, le echaron a la calle y el viejo caballero tuvo que salir adelante como pudo. No le quedó más remedio que dejar todos sus prejuicios atrás y vivir el resto de sus días entre musulmanes y judíos.

-¿Pero qué pasó con Fernán? -preguntó el mismo chico que había dicho al principio de la historia que los de Arzana eran unos infieles.

El vagabundo se volvió a sonreír ante la nueva interrupción del muchacho:

-Fernán fue llevado ante el rey de Altiba, al que tuvo que explicar todo lo sucedido. El guardián cristiano fue torturado cruelmente en un principio como castigo por su osadía y luego pasó cerca de dos años en los calabozos de la alcazaba. Fue el rey taifa el que le sacó de su prisión, pero para llevarle lejos de sus fronteras, para que el monarca cristiano también impusiese su pena al guardián traidor. El rey de Arzana así lo hizo y Fernán pasó otra larga temporada prisionero antes de que le sacara para imponerle el último castigo: el destierro. Lo que no podía imaginar era que todavía le quedó una puerta abierta para volver a su hogar. Sabedor de la rabia contenida del caballero, el rey le aseguró que podría regresar a Arzana e ingresar de nuevo en el ejército con honores si volvía con Beatriz y con Alonso. En caso contrario, jamás podría cruzar la frontera del reino cristiano. Y con tal meta salió Fernán de su prisión y también de Arzana.

La hija del ventero se acercó nerviosa al vagabundo. Sabía que ahí no terminaba su historia. Fijó su mirada en sus ojos y le preguntó:

-¿Y qué hiciste?

El vagabundo le devolvió la mirada:

-Nada me quedaba en Arzana, ni esposa, ni familia. Así que busqué a Beatriz y Alonso, los encontré, pero dejé que siguieran su vida. ¿Qué iba a hacer si no? Si de todos los guardianes, yo era el único caballero.🍷



ASESINO POR CULPA  
DE UN TRASTORNO MAL CURADO



Segundo premio de relatos

Miguel Ángel Carroza Barroso



*Para Miguel, el hijo deseado que sí he tenido,  
y sus futuros hermanos o hermanas  
si los hubiera o hubiese.*

**N**unca olvidaré ese doce de enero de dos mil no sé cuantos porque, aparte de ser el cumpleaños de mi sobrina (cumplió seis añitos), fue el día que por fin me decidí a penetrar en el escabroso terreno de El Cambio. Tomar la iniciativa era un acto que para mí pertenecía a una dimensión desconocida, no poseía ningún registro memorístico de dicho tema y por tanto, no tenía ninguna referencia en la que apoyar mi posterior comportamiento. ¿Qué podía hacer? Dejarme llevar. Permitir que mi instinto fluyera. En definitiva, adormecer la razón y ser yo, en mi estado más puro. Acababa de abrir una puerta que, realmente, no sabía dónde me llevaría. Había mil razones para no hacer nada y, aún así, mi espíritu inerte y solitario no fue capaz de abandonarse a la pereza. Una fuerza inusitada quebró mi “yo soy” pasivo, mi “yo soy” conformista y mi “yo soy” sumiso, revolucionando mi inflexible estructura mental y provocando una vertiginosa metamorfosis de un parásito emocional a un superhéroe.

Yo trabajaba en un lugar muy acogedor. Un viejo edificio convertido en centro de enseñanza, con todas las comodidades que podría brindar una cárcel en un país tercermundista y un mobiliario que debió ser estrenado cuando Cervantes comenzó a rellenar sus primeros cuadernos de caligrafía. Pero lo peor de mi trabajo no era el estado de la estancia, sino mis putas compañeras, que además de putas, eran malas. Cinco arpías, a la cual más bruja, que hacían la vida imposible a todo ser que anduviera, o anduviese, cerca de ellas.

En mi nueva condición, me vi en la obligación de aleccionar a mis protervas compañeras. Y esa mañana, armándome de todo el valor, o el miedo, que pude, dejé las cosas claras. Por el poder que yo mismo me había concedido, condené a las cinco arañas a la muerte, y procedí, seguidamente, como verdugo. Elegí una forma sencilla de matar, aunque quizá desagradable por lo que salpicara de sangre. Debido a la ausencia de material adecuado para ejercer dicha labor con eficacia, me decanté por la herramienta que más se aproximaba a mis necesidades: la cuchilla de manualidades; la cual, aplicada con fuerza sobre las gargantas de la víctimas, produjo unas heridas lo suficientemente dañinas como para conseguir el fin que aquella tarea pretendía.

Para ser la primera vez que cometía un acto semejante, he de reconocer que mi actuación fue bastante brillante. Como si de un paso de baile se tratara, repetí en cinco ocasiones el mismo movimiento. Sigiloso acercamiento por la espalda, mano izquierda a la boca y corte sincronizado a la yugular con la derecha. Perfecto. No emitieron ningún sonido que delatara la terrible escena allí representada. Sólo logró salir de sus labios un suspiro, con el que se desvaneció su esencia y lo mucho o poco que tenían de persona.

Cuando una vez terminada la contienda, comprobé que la matanza había sido todo un éxito, fui a lavarme las manos al lavabo. Tenía la mente en blanco y el corazón helado. Sin remordimiento.

Es curioso lo que se siente al matar a un ser humano. Algo muy distinto que al cazar un animal o matar un insecto, quizá porque ellos no poseen la conciencia que tienen casi todos los hombres de saberse seres vivos y finitos. En unos segundos, un milagro cromosómico que ha tardado miles de millones de años en producirse, queda reducido a un trozo de carne inútil. ¡Impresionante..., lo sé!

Sentado en una silla, con la mirada perdida, comencé a darme cuenta de lo acontecido. Había sufrido un cuadro de enajenación mental, producto de un exceso de agresividad incubada en mi interior por la constante indefensión que sentía. Nunca supe remediar, a causa de mi escasez de habilidad para afrontar situaciones de elevada

frustración, dicho trastorno, y este malestar fue minando poco a poco mi autoestima, hasta tal punto, que la única salida que encontré, fue la destrucción de los agentes causantes de mi sufrimiento.

Tras esto. Alcé la cabeza suavemente y comprobé que mis sentidos recuperaban, por momentos, la conexión con la realidad que me rodeaba. Recobrada la sensibilidad, recobré el control de mis impulsos, mi atención y mi persona, lo que me permitió llevar a cabo un acto trivial que en aquella situación resultó de una dificultad desmesurada: ver la hora. Nueve y diez de la mañana. ¡Sólo! No sabía qué hacer el resto del día, pero allí ya no pintaba nada. Subí a mi coche, arranqué, pisé el acelerador, levanté suavemente el pie del embrague y la máquina se movió, y yo con ella, y juntos dejamos atrás a mis compañeras desangradas, la oficina ensangrentada, y mi teléfono móvil, que siempre se me olvidaba. ¡Mierda memoria!

Tras un viaje insustancial, logré traspasar el umbral que separaba el descansillo de mi casa. Dentro, me quité la ropa y me dirigí a mi habitación, pues la próxima acción a realizar estaba clara como el agua embotellada, como una cerveza con casera o como un huevo sin la yema. ¡Me iba a echar una siesta! Veloz cual gacela, bajé la persiana, me metí en la cama, cerré los ojinos, y esperé a que el sueño viniera en mi auxilio, lo que no tardó en suceder ni cinco minutos.

## II

Desperté no sé cuanto tiempo después y me senté en la cama, pero a continuación no me incorporé. Mi mente se desveló obsesionada con una cuestión. La policía. Y es que, considerando mi exclusión como víctima, mi ausencia en la oficina, y que dejé el arma homicida abandonada junto a mi móvil, en mi mesa, era lógico pensar que caería sobre mí la sombra de la sospecha.

Yo tenía claro que, aunque hubiera realizado un atroz asesinato, no era en ningún caso un asesino, porque yo no era mi acción, era algo más. Mi personalidad no de-

pendía de un acto realizado una mañana. Analizando mis motivaciones, valores y actitudes, se podía llegar a la conclusión de que era, en general, una buena persona. No me gustaba la violencia y nunca antes la había practicado. A mi entender, no merecía ser castigado por un impulso incontrolable que duró no más de media hora, ya que esto, al lado de los años de buen comportamiento, no suponía un dato significativo en cuanto a la valoración total de mi conducta. ¿Y qué sería de mí si me detenía la policía? Que cinco cadáveres, a unos treinta años de cárcel por unidad asesinada, daban un total de ciento cincuenta años a la sombra.

Primer tema aclarado. No me entregaría.

Llegados a este punto de la planificación de mi futuro, sufrí una disminución de la actividad intelectual que me alertó de la superación del límite de mi capacidad de toma de decisiones, la cual, a decir verdad, había permanecido siempre en un nivel muy deficiente por culpa de una educación excesivamente proteccionista, proporcionada por un padre autoritario y una madre sobreprotectora, que hicieron de mí el hijo que siempre quisieron tener, tras dos intentos fallidos de descendencia modélica. Sólo cabe añadir, que a consecuencia de esta carencia, me sumergí en un mar de dudas que segundo a segundo se convirtió en un océano de incertidumbre. Sabía que cada minuto era vital, que la inseguridad era mi peor enemiga, y que, esta vez, tendría que superar solo todas las dificultades.

Me estaba poniendo muy nervioso, demasiado, y cuando fui consciente de este estado, supe que la primera barrera que tendría que derribar, en el camino hacia la seguridad en mi mismo, sería la presión. Si no era capaz de permanecer tranquilo, no podría pensar con claridad y acierto. Pero la relajación de la mente pasaba por la anterior relajación de mi cuerpo, puesto que lo de fuera y lo de dentro no son cosas desiguales sino dos mismas realidades que se manifiestan de manera diferente; por ello yo, ignorante de técnicas menos burdas que hacerse pajas o tomar drogas para tal fin, escogí un sendero corto y con amplias posibilidades de éxito hacia la tranquilidad que necesitaba mi mente y anhelaba mi cuerpo: la ingesta de alcohol.

Fui directamente de la cama al frigorífico y cogí una lata de cerveza de treinta y tres centilitros, cuyo contenido cambió de continente en menos de treinta segundos. Terminada ésta, extendí mis manos, con las palmas hacia abajo, y comprobé que temblaban. Segunda lata. Misma operación, e igual marca en el tiempo de su consumición. ¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaac! Un eructo solamente comparable al sonido emitido por la hembra del rinoceronte de la sabana nigeriana, durante la época de celo, para indicarle al macho que por fin está preparada para recibir, en su sexo, la opulencia de su miembro y convertirse en la madre de sus crías, salió de lo más profundo de mis entrañas, anunciándome que la serenidad estaba, cada vez, más cercana.

¡Chac!, ¡Chic! o ¡Clic!, o como sea el ruido que hacen las bombillas cuando se encienden. Coincidiendo con el inicio de la absorción en sangre de los cinco mililitros de alcohol por centímetro cúbico de cerveza ingerida, tuve una idea, que no fue grande, ni mucho menos, pero que a mí me pareció aceptable a causa de mi pseudoborrachera. Se me ocurrió, así, sin pensar, que el final perfecto para mi historia sería esconderme de la policía, escribir un libro, suicidarme y hacerme famoso legando una obra maestra a la literatura.

Hay momentos en la vida de todo hombre en que su sino se revela, con tamaño transparencia, que puede ver, con harta limpieza, las respuestas que nunca ha buscado a las cosas que realmente tienen importancia... ¡y en ese momento estaba yo! Lo sentí por la lucidez de mi razón y la claridad de mis pensamientos. Supe, por ejemplo, con seguridad, que la gloria era la única inmortalidad que le quedaba al hombre que hubiera dado a Dios por muerto y por perdido. Que el alma era un juego del ingenio que jamás sobreviviría a su cuerpo y que, como mucho, quedaría enlatada en un recuerdo. Y, como escribiera hace siglos el ilustre Calderón, que toda la vida era un sueño y los sueños, sueños son.

No quise perder ni un minuto más divagando sobre lo humano y lo divino, así que, con los pelos como escarpas y los ojos humedecidos al borde del llanto, me vestí, cogí una mochila con comida, un saco de dormir, una carpeta con folios y un par de bolígrafos azules, y me dispuse a emprender el que sería mi último viaje. Borracho, feliz y muy

abrigado, abandoné la casa, bajé a la cochera, me incorporé a mi Seat y partí hacia algún rincón del planeta, donde llevar a la praxis, el plan elaborado en el mundo de mis ideas.

¿Cuánto tiempo conduje? Lo ignoro. Sólo sé que tomé, sin un motivo concreto, la autovía a Madrid hasta que encontré una salida que, por su original apelativo, llamó mi atención y me hizo decantarme por una dirección determinada. Dejé atrás Torrefresneda, Valdehornillos, Almoharín, Ibahernando, Jaraicejo, Romangordo, Belvis de Monroy, Millanes, El Gordo, Corchuela, Segurilla, Lucillos, Maqueda, y llegué al desvío de Quismondo. ¡Perfecto! Pensé. Del latín “quis”, de este, y “mondo”, modo o manera. “De este modo”, o como a mí me sonaba mejor: “a mi manera”. Quismondo describía con exactitud aquel día extraño. En medio del caos y el desorden que conllevaba la simple existencia humana a causa de la ambigüedad moral de los actos, yo había desobedecido las normas sociales y religiosas que condenaban matar a mis semejantes, con objeto de encontrar la libertad que la buena educación y mi pobre personalidad me negaban. Tomar el camino equivocado, en mi caso, me ayudó a encontrar mi camino; sentirme dueño de mis errores, me hizo sentirme vivo y sentirme yo mismo; y ser yo mismo, me llevó a sentirme valioso, al saberme un ser único e irrepetible en el mundo.

En concordancia con mi pensamiento, mi vida, a lomos de mi Seat azul, dio un giro de ciento ochenta grados y me condujo, por carreteras secundarias y caminos vecinales, al lugar donde hubiera de forjarse mi fortuna o mi desdicha, un descampado muy cercano a dicho pueblo. Cuando me hube apartado lo suficiente de la humanidad y creí encontrarme a salvo de la justicia, detuve mi automóvil a la vera de un almendro, o una encina, o lo que fuera aquel árbol, y me dispuse a cumplir mi última voluntad. Dejé el coche en marcha para mantener la calefacción encendida, bajé un poco el volumen de Sabina para no restar concentración a mi intelecto, saqué unos folios, los acomodé en una carpeta, destapé uno de los bolígrafos azules y... nada. No sabía por dónde empezar. No tenía ni idea de qué quería contar. Y lo más dramático, no tenía cerveza ni otras drogas para encontrar la inspiración. ¡Vaya cagada! Pero no había llegado tan lejos, para rendirme ante la primera adversidad que se me presentara.

Obviamente, no podía hacer algo original debido a mi escasez de tiempo, inspiración y potencial creativo, lo que me hizo reflexionar, una vez más, hasta llegar a la conclusión de que el medio más acertado, aunque el menos digno, para alcanzar lo perseguido, consistía en copiar alguna obra ya existente. ¿Cuál sería la elegida? Me pregunté. Pues aquella que mejor reflejara, o reflejase, el objetivo que mi obra pretendiera, o pretendiese. ¿Y cuál era éste? Simplemente, transferir a la humanidad la sabiduría que la experiencia me brindó y nunca supe utilizar, con la intención de que nadie cometiera el grosso error de convertirse en mero espectador, no presencial, de una vida a distancia.

De nuevo ¡Chac!, ¡Chic! o ¡Clic!, o como fuera el ruido que hacían las bombillas al encenderse. Tuve otra idea, ni mejor ni peor que la primera, pero sí lo suficientemente eficiente para sacarme de la parálisis mental que entorpecía mi evolución por el sendero de la creación literaria. Cual revelación impoluta mostrada al ufano iluminado, se materializó en mi interior, la límpida visión, del texto óptimo y perfecto con el que hacer realidad mi proyecto. Sería un libro de cartas, con reflexiones que pudieran ayudar a aquellas personas que se sintieran perdidas; un libro cercano, como si fuera dirigido a un amigo, a un hermano o a un hijo, aunque no fuera deseado... ¡Eso era! ¡Chac!, ¡Chic! o ¡Clic!, o como fuera ese mierda ruidito. El título apareció en mi cabeza, como si hubiera estado siempre ahí y acabara de encontrarlo por sorpresa. Mi obra tenía su propia identidad y mi trabajo consistía en desvelar las confidencias que mi subconsciente, a mi consciencia, conferían.

Fue así como reproduce, el contenido de estas Cartas al hijo no deseado que nunca tuve.

#### Carta 1

*Estimado hijo no deseado, que no por ello no querido:*

*De ahora en adelante, estas hojas serán el único lazo existente de nuestra unión familiar. No te mentiré diciendo que me hubiera gustado haberte conocido, porque nunca estuve preparado para ser padre. Ni tampoco que hubiera intentado darte lo mejor, ya que, de haberte*

educado, habría tratado de convertirte en una versión mejorada de mí, anulando tus sueños y deseos por lo que hubiera creído más oportuno para ti. Ante lo expuesto, considero este mensaje, escrito en la lejanía, como el vínculo perfecto para un padre ausente, que lo único que quiere, es hacer a su hijo feliz.

Entre estas líneas te regalo el secreto de la vida, la felicidad y la sabiduría. Tu paso por este planeta te traerá sucintas dichas y desgracias, todas ellas, al fin y al cabo, experiencias vitales de mayor o menor importancia. Yo no pretendo evitarte los tropiezos en tu camino hasta la mar, que es el morir, pues en tal caso te estaría privando de tu derecho a errar, y lo que es peor, por ende, tu libertad. Pero sí espero poder contribuir a que tu caminar sea sereno, satisfactorio y enriquecedor.

Te advierto, hijo, antes de empezar a meditar, que en el vivir no hay sendas idénticas y este escrito no resolverá, por ti, tus problemas. Sabe, en todo momento, que tú eres el último responsable de tus actos, el único dueño de tu voluntad y el máximo dirigente de tus sentimientos. Y ten en cuenta, por encima de todas las cosas, que todo lo que hagas condicionará tu yo futuro, pues vivir es recoger aquello que se va sembrando.

Procura que la vida te sonría y, si lo hace, no te burles ni desprecies su egregia cortesía, porque, antes de llegar al final, tu rueda habrá de dar bastantes vueltas y quizá un día, por sorpresa, te arrepientas de lo que dejaste atrás.

Tu Padre que te quiere aunque no te deseara.

## Carta 2

Estimado hijo no deseado, que no por ello no querido:

No tengas miedo de ser tú mismo, de no ser perfecto, de pensar diferente, de decir lo que piensas, de equivocarte, de ser criticado, de tener problemas, de perder, de tener éxito, de dudar, de lo que desconoces, del dolor, del sexo, de sentirte solo, de amar, de que no te quieran, de tus adversarios, de la autoridad, de Dios, ni de la muerte.

Y, sobre todo, no tengas miedo de ser libre.

Hijo, en resumen, no temas a nada ni a nadie aunque yo no esté a tu lado para defenderte, pues, en este caso, más vale estar solo que acompañado de un mal ejemplo de valentía. Y sabe, que la debilidad es un estado de flaqueza mental producto de una imagen pobre de uno mismo, reforzada exteriormente por las autoprofecías cumplidas. Lo que quiere decir, que tus miedos te harán prever tus fracasos y acabarás fracasando, no por tu capacidad para lograr o no el éxito, sino por culpa de tus miedos.

¿Por qué no? Piensa en esta pregunta cada vez que te enfrentes a un reto en la vida, pues conocer aquello que te impida realizar un acto deseado te permitirá identificar los obstáculos a superar para que éste sea consumado. Así mismo, conoce tus límites y actúa en consecuencia, pero no los des nunca por supuesto o por cerrados, porque en cada segundo se nos da la oportunidad de cambiar, rectificar y experimentar formas nuevas de ser, de pensar y de comportarnos. Por lo que jamás te consideres un producto terminado. Trata, entonces, de avanzar y evolucionar de la manera más sensata, equilibrando el riesgo con lo seguro, la locura con la razón, y la pasión con el cerebro.

¿Qué es lo peor que te puede pasar? Esta otra cuestión te ayudará a sopesar tus opciones de actuación ante diferentes situaciones, y te servirá para descubrir si tu valor o cobardía están o no justificados. Y además considera, para no experimentar un gran dolor ni daño excesivo, que las cosas no siempre sucederán según tu forma esperada, y que este hecho no tendrá por qué ser necesariamente negativo, ya que, cuando una puerta se cierre, otra se abrirá para brindarte nuevas oportunidades y quizá ésta sea mejor que la otra que añorabas.

Y, por último, ¿qué es lo que harías si no tuvieras miedo? Aproxima tu conducta lo máximo posible a la respuesta, pero siempre sin llegar a la inconsciencia. Así, sé prudente, porque la valentía sin prudencia convierte a las personas en seres temerarios, lo que no es, ni mucho menos, lo contrario a temeroso, y está más cercano a la locura que a lo verdaderamente valeroso. También, entiende que todo lo que hagas y digas conllevará, en mayor o menor medida, consecuencias, positivas o negativas, para ti y aquellos que te rodeen,

puesto que no eres una isla en el océano sino, como adelantaran los griegos, un animal racional y sociable, por lo que podrás hacer lo que quieras en la medida que seas capaz de asumirlas.

Deberás ser fuerte, hijo mío, sobre todo mentalmente, si pretendes resolver con acierto estos interrogantes. Y ahora pensarás... ¿qué es la fortaleza? Pues, ser capaz de levantarte cada vez que tropieces, y, aún sabiendo que ha de pasar, no temer a la siguiente caída.

Eso es ¿Comprendes, hijo? Me extraña.

Quizás a estas alturas, ante tanta información tan condensada, estés un poco confundido, así que, por si acaso no encontraras sentido a mis palabras, te dejo, como anexo de esta carta, los tres mandamientos de oro, con los que poder aplicar a tu vida la teoría hasta aquí explicada:

- No gastes esfuerzos en demostrar a los demás tu valor ni tu valía, ya que la grandeza, si es verdadera, sola se manifiesta. Cultiva, simplemente, la seguridad y la confianza en ti mismo y verás como ésta estará en tus obras reflejada.

- No humilles a los demás para conseguir tus objetivos, ni los utilices en beneficio de tu estima. No es necesario ser mejor que otros o ser el mejor para sentirte bien, sólo hace falta que estés a gusto contigo mismo y con lo que haces.

- Aunque logres grandes cosas, no permitas que la humildad te abandone. La verdad absoluta no existe, así que no te comportes como si todos estuvieran equivocados, no fuerces a nadie a pensar de igual manera que tú y aprecia la diferencia como a ti mismo.

Estos mandamientos se resumen en un solo precepto, de obligado cumplimiento para todo aprendiz de ser humano pleno y realizado:

**“Conoce el momento correcto de usar cada una de las cuatro cualidades que la naturaleza nos enseña. Según las circunstancias, debes ser duro como un diamante, flexible como una pluma, generoso como el agua o vacío como el aire”.**

**Morihei Ueshiba, lo juro.**

¿Cómo podrás distinguir cuándo llega cada momento? No lo sé, hijo, no tengo todas las respuestas; pero entrena con presteza tu atención ya que, si de algo de lo que he escrito

estoy seguro, es que estas palabras conducen al mejor de los estados posibles del alma. Y, ¿qué es el alma? Te preguntarás, mientras clavabas en estas líneas tu pupila azul, marrón, o cómo sea. ¿Qué es el alma? ¿Y tú me lo preguntas? El alma eres tú.

¿Me entiendes ahora, hijo? Lo dudo.

Sintiéndolo mucho, hijo mío, esta carta está llegando a su fin. Sácale el jugo que puedas o deséchala si piensas que no aportará nada a tu vida, pero haz lo que hazas, cree siempre que tu elección ha sido la correcta, hasta que no se demuestre lo contrario.

Y recuerda; ser valiente, es ser capaz de defenderte.

Tu Padre que te quiere aunque no te deseara.

### Carta 3

Estimado hijo no deseado, que no por ello no querido:

¿Hijo, te aburren mis devenires? Pues te jodes. Ya que no he podido, día tras día, descargar en ti mis frustraciones, escudado en la inmunidad que la progenitura otorga y los fines educativos justifican, la lectura de estos folios es lo mínimo que puedes hacer en agradecimiento por darte la oportunidad de vivir un puñado de años.

Sé que ésta no es la mejor manera de iniciar una carta cuyo tema, te adelanto, va a ser el amor, pero, porque te quiero, deseo que aprendas una lección que, si bien no tiene relación directa con dicho asunto, su aplicación al terreno sentimental hará tus relaciones afectivas más satisfactorias, o no. Hijo, aprende todo lo que puedas de los errores de los demás, y en este caso de los míos, porque a veces se cobran tan alto precio, que no merece la pena caer en ellos. ¡Ahí queda eso! Para que luego digas que no he intentado evitar que te conviertas en el padre que yo podría haber sido, y, mucho menos, en la persona que realmente fui.

Y ya centrándonos en la cuestión que nos atañe, te cuento, hijo mío, que en el amor has de ser generoso como el agua. El orgullo será tu peor enemigo, por lo que huye de su alcance; así, si estas dispuesto a dar tu amor, no lo condiciones ni busques nada a cambio, pues, de

lo contrario, se convertirá en un acto egoísta de amor propio. Además, piensa que padecemos las mayores decepciones cuando, esperando algo de los demás, no cumplen nuestras expectativas, así que, será mejor que tengas siempre presente las palabras de Nietzsche, o cómo se escriba, que una vez sentenció, con gran atino, que “una donación no engendra un derecho”. Eso ha de ser el amor, hijo, si éste es verdadero, una donación libre de cargas para aquel, o aquella, a quien elijas entregarlo.

Pero claro, tú desearás ser correspondido... pues bien, tendrás que aguardar hasta que coincidas con alguien que sienta lo mismo por ti. ¿Y si eso nunca ocurre? Mala suerte. En este sentido, te vendrá bien saber, hijo mío, que las mujeres (o los hombres) son como la tierra, del que la trabaja.

Como complemento a los preceptos en este texto contemplados, te aconsejo, hijo, que si alguna vez te ves correspondido, trates a tu pareja como si fuera una reina o un rey, lo que corresponda, y que intentes, en la medida que tu estado anímico lo permita, que se sienta, cada día, como el ser más importante de la Tierra, especial por encima de todas las cosas y única/o en su especie. Te advierto, de antemano, que esta tarea te costará no pocos esfuerzos, pues conlleva un desgaste emocional importante, que se agrava con el paso de los años; pero, si cumples estas palabras a un nivel aceptable, te verás gratamente recompensado y minimizarás, en gran medida, tus posibilidades de fracaso.

Dicho esto, ha llegado la hora de desvelar una de las grandes incógnitas de la humanidad, sin cuya respuesta, nada de lo expuesto hasta el momento, te sería de utilidad alguna. ¿Cómo sabrás que estás enamorado? Si un día, hijo, estando con una persona que te atraiga especialmente, sientes que te gustaría atrapar ese instante y que se repitiera durante el resto de tu vida, estarás enamorado. ¿Tan fácil? Sí. Así es tu padre.

He de advertirte, antes de que cometas alguna locura, que en el amor has de estar preparado para encontrarte, cara a cara, al rechazo, la pérdida y el desengaño, por lo que asume cuanto antes tu inexorable exposición a su alcance y contempla siempre la posibilidad de que alguna de ellas te suceda. Pero de ser así, no desesperes ni pienses que es el fin del universo, porque no hay mal que dure cien años; acéptalo, pues, supéralo y sigue

buscando, ya que los amores, afortunadamente, no son como las madres, y puede haber más de uno.

Hasta aquí llegó, hijo mío, esta humilde reflexión de un asunto tan complejo. Sólo añadiré, como conclusión, que en el amor es normal, e incluso deseable, que de vez en cuando nos sintamos desorientados, ya que una duda inicia un camino.

Tu Padre que te quiere aunque no te deseara.

### III

Había escrito sólo tres cartas y ya era totalmente de noche. ¡Mierda imaginación! La elaboración del material anteriormente exhibido, me supuso un esfuerzo similar al de una madre al expulsar, por una abertura de unos diez centímetros de diámetro, una criatura de cincuenta centímetros de longitud y un peso de dos kilos doscientos gramos. A ese ritmo de producción, sabía que jamás terminaría mi obra, y así, mi sueño de hacer algo substancial en mi vida se esfumó, cual calcetín en una lavadora.

Aunque la tristeza hizo pronta aparición, amparada por la acción de la impotencia, en lo más profundo de mi ser anidaba una impresión, de inusual satisfacción, de la que no tardé en comprender su procedencia. Puede que no hubiera conseguido la labor que me había encomendado, pero, por lo menos, nadie podría reprocharme que no gasté todas mis fuerzas en intentarlo.

A simple vista, este escueto fundamento parecía un simple recurso de mis mecanismos de defensa, con intención de preservar mi higiene y salud mental de la neurosis, pero, a decir verdad, para mí resultó ser una luz en medio de la oscuridad de mi caverna. Me hizo comprender que hay un momento en la vida de algunos hombres, no todos, en que se descubre que fijarse en lo insignificante conduce a la comprensión de lo aparentemente complicado, y vuelve sencillo aquello que, a priori, parecía enrevesado.

¿Afectaba esto de alguna forma a mi vida? Evidentemente. Y ¿Tenía algo que ver con los sucesos acaecidos en las últimas horas? Por supuesto. Gracias a este alumbramiento, por fin esclarecí la confusa relación existente entre mi yo anterior, mi yo asesino y mi yo presente. La pasividad, la agresividad y el espíritu creativo, en analogía a mis estados temporales, no fueron más que peldaños de una misma escalera, la que conducía a mi yo realmente verdadero. Lo que quiere decir, que no tuve más opción que cometer aquella acción, para salir de mi ignorancia.

¿Qué aprendí? Aquello que Platón, William Wallace, y el Che Guevara siempre supieron: que el Hombre para ser Hombre ha de ser Libre. ¿Eso fue todo? Sí, lo fue. ¿Decepcionado? En absoluto. El único camino equivocado es aquel en el que no se ha conseguido aprender nada.

¡Se acabó!

Con este pensamiento, di mi instrucción vital por terminada. Ya había liberado a mi alma de sus opresores. Estaba agotado. Era hora de asumir las consecuencias de mis actos y cumplir íntegramente mi condena. Curiosamente, no me asaltó ningún deseo de retroceder y modificar los planes por mí y para mí determinados. Me sentía muy cerca de la perfección, pero no porque me creyera el mejor o el más sabio de los hombres, sino porque ya no me importaban mis defectos y aceptaba mis errores. Porque dejé de atormentarme ser yo mismo. Esto produjo en mi espíritu una paz desconocida, mezcla de bienestar, gozo y sosiego, que estaba seguro se esfumaría al menor contacto con la sociedad que me había creado y de la que sólo me cabía esperar el peor de los tratos.

¡Y se acabó!

Pero esta vez la gasolina. ¡A tomar por culo calefacción! ¡Y a tomar por culo paz interior!... ¡Mierda coche! En breves momentos, el frío que arreciaba el exterior haría su aparición en mi coche, para trasladarse, posteriormente, al interior de mis huesos, y yo no estaba dispuesto a pasar, además, por eso. Antes de que las inclemencias meteorológicas maltrataran mi cuerpo y acabaran desgastando las pocas facultades men-

tales que me quedaban, ejercería mi derecho a la libre elección de mi futuro, optando por la voluntaria desaparición de mi existencia.

Y así fue.

Aunque sólo después de escribir una última carta que sirvió, como brillante colofón, de la vida y el libro más tristes de la historia.

#### Carta 4

*Estimado hijo no deseado, que no por ello no querido:*

*A las puertas de la ruptura de nuestra unión familiar, deseo compartir contigo, hijo mío, los pocos secretos que mi memoria aún reserva, y los cuales, de otra forma, habrían caído en el pozo del olvido, al no encontrar cobijo en otra mente que ocupara otro ser vivo.*

*Así te digo, por último, que debes comprender que la vida es extraña, hijo. Ningún hombre ha vivido que jamás se perdiera, pues hay preguntas para las que nadie hallará una respuesta que no sea más que una frágil creencia; y ningún hombre pasará por ella, sin solo, alguna vez, haberse sentido, ya que siempre habrá al menos un segundo, en que ninguno habrá podido eludir sentirse indefenso, aunque sólo sea al descubrir que no hemos de sobrevivir al inexorable paso del tiempo. Por tanto, ten cuidado, pues las cuestiones más importantes, aquellas que nos hacen levantarnos cada mañana con motivos para continuar respirando y aquellas que nos provocan las emociones más intensas, escapan a las fórmulas, las leyes y las normas humanas, por lo que, al final de tu vida, puede que hayas luchado, sufrido, odiado, discutido e incluso maltratado, por seguir una simple opinión que no tenía más peso que el del aire que la propagaba o el papel que la sostenía. En resumen, elige bien tus ideas, y defiéndelas sin herir a los que te rodean, ya que la razón no tiene rivales sino, simplemente, compañeros de viaje. El enemigo, es el que intenta imponerte su camino.*

*No tienes por qué saber en todo en momento lo que has de hacer, y además, es imposible, te lo prometo. Cuando así lo desees, toma la iniciativa; cuando no sepas, deja que los demás*

te guíen; cuando dudes, espera a que el tiempo te dé la respuesta; y cuando te equivoques, acéptalo sin pudor y rectifica. Darse cuenta de que sabes algunas cosas, que desconoces muchas otras, y dudar alguna vez de la certeza o validez de todas ellas, es la esencia del crecimiento. Tú, no te quedes pequeño. Pero no cometas el desliz, como a mí me ocurrió, de concebir, por error, el saber como meta; considéralo una herramienta, no más, al servicio de tu bienestar, con la que puedes mejorar el entorno que te rodea.

¿Quieres más? ¿Deseas conocer el secreto de la felicidad o esperarás a descubrirlo tú solo? Por si acaso, te procuro un adelanto. Hijo, comprende que vuelas a la altura que vuelas, lo importante es disfrutar de la sensación de volar. Sé feliz en el cielo como en la tierra, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte te separe de tu cuerpo, que es el único mal real que te acecha. ¿Lo demás? Sufrimiento innecesario, apego desproporcionado y un impulso irresistible de cambiar lo inalterable.

A modo de conclusión, y antes de que se seque esta pluma al compás del pensamiento que la mueve, deseo que entiendas que, en contra de lo que pudieran pensar Madler y Scully, la verdad no está ahí fuera, hijo mío, sino dentro de ti y del resto de tus semejantes. De esta forma, el mundo será el reflejo de lo que tú te empeñes que sea, y, alejado de infames influencias, no podrán convencerte de lo contrario. Los mundos maravillosos acogen a personas maravillosas, ya que los necios y los pesimistas han cerrado los ojos en la oscuridad, renunciando a encontrar algún atisbo de luz que les indique la salida de ésta. Podría ser de día a su alrededor y ellos se seguirían chocando con los obstáculos más estúpidos, seguirían tropezando con las piedras más pequeñas y seguirían caminando maldiciendo lo injusto de su destino.

Y esto lo sé, porque así me siento yo, hijo. Yo estoy vacío.

Vací porque no encontré la medida justa de las cosas, porque me resistí a aprender y elegí repetir, sin juzgar, la respuesta a las inclemencias de otras personas, porque no conseguí controlar lo exterior al no lograr el control de mí mismo, y porque, en general, no encontré el equilibrio. No me prepararon para guiarme en la niebla. No me entrenaron para ser un guerrero. Pero eso no es excusa que valga, pues hace ya mucho que dejé de ser un niño.

También estoy agotado, tanto física como mentalmente. Me he aburrido de pelear con las frases, al igual que un día me cansé de guerrear con la gente. Ya he dado de mí lo mejor y, en todos los casos, descubrí, que nunca fue suficiente. Me faltó empuje, me faltó valor, me faltó convicción y me faltó firmeza. Aunque a decir verdad, lo peor no fue carecer de estas cualidades, sino que, siendo consciente de mi situación, no tuve voluntad para modificar mis carencias.

Como puedes comprobar, tu padre pertenece a la estirpe más ruin de la casta de los ignorantes. La que comprende a todos los que, linterna en mano, malograron sus pasos. ¿Cómo sucedió? Es evidente. Confundiendo sabiduría con el almacenamiento de saberes. Y creyéndome demasiado bueno y, sobre todo, demasiado sabio. Me dormí en la creación de un ser ideal, que no encontró su lugar, entre los seres humanos, y fui una ilusión, una sombra, una ficción, que la realidad se encargó de poner en su sitio.

Bueno, hijo mío. Cada vez me cuesta más avanzar por esta encrucijada mental que te lego como testamento, por lo que he decidido que estas líneas, que ahora examinas, constituyan el ocaso de este escrito, que no llega por ausencia de inspiración sino por la insuficiencia de contenidos. Ahora me doy cuenta, ante la visión de mi producción, de lo escaso que mi conocimiento llegó a ser y lo pobre que he sido. Me gustaría pensar que has sabido apreciar el valor de mi esfuerzo, aunque de no ser así, como no lo sabré, prefiero seguir ignorando este hecho. Sea como fuere, mi conciencia descansará con la satisfacción del deber cumplido, pues no tiene la culpa de que mi invención sólo alcanzase a elaborar las conjeturas propias de un raso aficionado de sabio, que se quedó en buscador y nunca fue un buen maestro.

Me voy para no volver, mas no sin haberte dictado el último, aunque no por ello menos importante, de mis consejos. Como le dijera a Ponyboy su amigo hospitalizado. Hijo,

“MANTENTE SIEMPRE DORADO”

Tu Padre que te quiere aunque no te deseara. 🍷



EL ESCRITOR DE CARTAS DE AMOR



Tercer premio de relatos

Francisco David R ız Caballero



**H** I

acía mucho calor aquella mañana de agosto de 1939 cuando Juliana, la mujer del panadero del pueblo, rompió aguas. Yo estaba en mi casa intentando conciliar el sueño todavía cuando llamaron a mi puerta. Era Tomás, el hijo mayor de Juliana. Me vestí lo más rápido que pude y le dije al niño que fuera a casa a preparar las toallas y el agua caliente que me iba a hacer falta. Tomás, de unos diez años, obedeció enseguida. Al ser la única partera del pueblo todas las mujeres acudían a mí en el momento de dar a luz. A pesar de no saber leer ni escribir había traído muchos niños a este mundo solamente con mis dos manos. Y de eso vivía por aquel tiempo. Mi abuela Damiana y mi madre habían sido las parteras del pueblo durante muchos años hasta que murieron. Ahora yo ejercía su oficio y la verdad es que era una sensación entre satisfactoria y maravillosa cuando conseguía resolver el parto y sostener a la criatura entre mis manos.

Cuando terminé de atarme los cordones de los zapatos salí corriendo hacia la casa de la panadera, aunque de ello sólo le quedara el nombre, ya que las bombas habían destruido por completo su negocio y sus vidas. El panadero, como era cojo, no había tenido que ir al frente y permanecía con su esposa en casa, haciendo algo de pan y vendiéndolo clandestinamente. Tomás era su único hijo pero ahora otro estaba a punto de llegar.

Corrí por varias calles hasta que pude alcanzar la casa de los panaderos que quedaba en las afueras del pueblo. Al llegar, Fermín, el marido de Juliana, me abrió la puerta. A lo lejos se oían los gritos desesperados de su esposa

- Pasa Adela, acompáñame. Juliana está arriba, dice que le duele muchísimo –me dijo el panadero con la cara descompuesta.

- Tranquilo Fermín, es normal. Un niño tiene que salir por ahí abajo –dije subiéndome por las escaleras de la casa.

Fermín era un hombre fornido y muy alto. Tendría unos cuarenta años, unos seis más que Juliana. Era muy sensible y serio, casi nunca bromeaba. Era amigo mío desde la infancia al igual que su esposa. Por eso yo asistía este parto con sumo gusto.

La habitación de matrimonio estaba casi vacía. Había un armario muy pequeño, una silla donde un pantalón yacía doblado y una mesita de noche con una lamparita, al lado de una cama de tubos donde estaba Juliana. La mujer tenía el pelo revuelto y el vestido levantado. Las sábanas estaban manchadas por el líquido amniótico. Sus ojos parecían más saltones de lo normal. Cuando me vio forzó una sonrisa y continuó aguantando el dolor.

- Venga, no te quejes más que esto está ya fuera. Limitate a empujar y yo haré el resto. Tranquila. Fermín tráeme las toallas y dile a Tomás que no se acerque –dije viendo al niño en la puerta entreabierta.

Si la sensación de ayudar a un pequeño a nacer es buena, mayor es la que le da a una madre cuando le pones a su hijo recién nacido a su lado y le dices que está sano y fuerte. Entonces todos los dolores cesan y una paz inmensa le recorre el cuerpo. Aunque eso es ajeno a mí me encanta ver la cara de la madre mirando a su pequeño. Es una escena bellísima.

Juliana tuvo un parto muy rápido y su hija, Nuria, había nacido sin problemas. Recuerdo los besos que me daba mi amiga por haberle ayudado a traer a su hija al mundo.

- Gracias, Adela. Pero mira que bonita es, se parece a su padre. Es preciosa.

- Sí. Sí que lo es. Es una niña muy bonita a pesar de estar todavía sin lavar. Si no te importa voy a darle un baño y voy a enseñársela a tu marido que debe de andar nervioso por el pasillo –dije tomando a Nuria entre mis brazos.

Cuando le dije a Fermín que era una niña casi se desmaya. Sonrió ampliamente y después cogió al bebé. Fue entonces cuando llegó el pequeño Tomás y la vio. Después le dijo a su padre:

- Papá, ¿es nuestra? ¿Nos la vamos a quedar?

Entonces Fermín y yo rompimos a reír.

Cuando hube lavado a la niña, se la devolví a su madre, quien reposaba en la cama extasiada. Su marido se encontraba junto a ella, ambos absortos en la niña. Poco después, el panadero me acompañó a la planta baja y me sirvió un desayuno a base de pan tostado con aceite y zumo de naranjas frescas. Cuando padre, hijo y yo tuvimos el estómago lleno volvimos a subir para que me despidiese de Juliana.

- Bueno, Julia, me marcho. Si necesitas algo más ya sabes donde encontrarme.

- La verdad es que quería hablar contigo, Adela. ¿Y tu marido? ¿Se sabe algo? Se cuenta que los republicanos que no fueron abatidos en el frente siguen en la sierra, o eso dicen por la radio –dijo mi amiga cuando su marido volvió a salir y en un tono que más parecía un susurro.

- Mira, yo sigo mandando cartas aunque no me responda. Si las recibe, bien, y si no pues mira, ahí andarán.

- ¿Y cómo es que le escribes cartas? Tú, que yo sepa, no sabes ni leer ni escribir.

- Don Rafael, el maestro, es quien me las escribe. Yo más o menos le digo lo que quiero que ponga y él me las redacta. A veces añade algunas cosas de su cosecha y quedan tan bonitas...

- Ten cuidado. Sabes que no deberías mandar nada. Por mucho menos le dieron el paseillo a la Gregoria –dijo Juliana en voz casi inaudible.

Aunque sabía perfectamente que por mandar aquellas cartas podían raparme y mucho más, yo deseaba que mi marido respondiera alguna vez. Lo que verdaderamente quería es saber algo de él, aunque fuera poco. Saber como está o algo, en la sierra o donde sea. Pero aquella espera era insoportable.

Me ofrecí a recoger al pequeño Tomás a la salida del colegio ya que como cada martes por la tarde iba hasta allí para que Don Rafael me escribiera la carta para mi marido. Juliana me lo agradeció pero me dijo que el niño solía volver solo a casa y me quiso dar el dinero por mis servicios. Por supuesto me negué en rotundo pero ella insistió en que por lo menos me llevara pan para una semana. Luego volví a casa y me tumbé en el sofá agotada. Un trabajo como el mío no sólo requería la habilidad y el conocimiento del tema sino también un esfuerzo que suponía un gran desgaste. Así que dormí durante unas horas.

## II

Cuando me desperté me sentí dolorida. Dormir en aquel sofá era como dormir sobre rocas. Miré el reloj: las una y media, el tiempo justo para lavarme y salir corriendo al colegio.

La escuela estaba muy cerca de mi casa. Era un edificio medio derruido y carcomido por el tiempo y las polillas. Recordé mi estancia en aquel sitio, que aunque breve fue intensa. De hecho aún conservo montones de recuerdos de cuando mi madre me dejaba allí. Habían pasado muchos maestros por allí. Cuando yo estaba recuerdo que Doña Concepción era la maestra, desgraciadamente muerta desde hacía mucho tiempo. Ahora ocupaba su lugar Don Rafael, un hombre sabio de unos cincuenta y pocos años, de barba y pelo canoso, de cejas muy pobladas, de ojos pequeños y marrones pero de un corazón enorme. Era soltero o como se decía entonces, “mocito viejo”. Como en el pueblo nos conocemos todos, cuando alguien nuevo llega todos buscamos la manera de conocerle. Yo lo hice en la casa de Doña Asunción, una mujer que nos enseñaba las labores que debíamos aprender las mujeres: coser y bordar. Yo estaba bordando unas sábanas cuando le dije a Doña Asunción que quería enviarle cartas a mi marido que por aquel tiempo estaba en el frente aunque luego recibí indicios de que seguía en la sierra. Ella me dijo que todas las mujeres de los republicanos de la sierra estaban mandando las cartas a través

de unos contactos que tenía ella, pero que ninguna sabía escribir y Don Rafael lo hacía por ellas. Así que un día le hizo venir explícitamente para que me conociera y me escribiera la primera carta. Además, la gente no podía criticar que un hombre soltero anduviera con mujeres solas ya que todas sabíamos que cuando Don Rafael aparecía en la casa de alguna, era para escribirle una carta para su marido. Claro, que había que tener mucho cuidado. Aunque en el pueblo todo el mundo lo sabía, teníamos que evitar que los terratenientes y la guardia civil se enteraran de que nos estábamos comunicando con los maquis de la sierra. No sólo corrían peligro nuestros maridos sino que podrían hacerle algo a Don Rafael, quien tan bien se había portado con todos.

Se respiraba un profundo silencio en el lugar. No había risas, ni correteos de niños, ni llantos, ni voces de profesores cascarrabias y eso siempre se me antojaba raro. El silencio, sólo roto por el eco de mis pasos, era algo que no soportaba porque me recordaba a la soledad que sufría por aquel tiempo. Me miré la camisa para asegurarme de que todos los botones estaban abrochados correctamente y luego me tiré de ella hacia abajo. Después llamé con los nudillos en la puerta del aula donde siempre me esperaba Don Rafael. Esperé a que el maestro me invitara a pasar pero no se oyó nada. Pasados unos segundos volví a insistir con los nudillos. Fue entonces cuando la madura y potente voz del maestro me dijo que pasara. Al abrir la puerta se levantó de la silla para saludarme y excusarse por la tardanza ya que decía haber estado sumido en una lectura muy interesante. A continuación, me colocó la silla para que me sentara. Era un hombre de modales refinados que siempre sabía que hacer y que decir en el momento preciso. Esto, en una época donde casi ningún hombre tenía formación era algo que le profería una importancia muy grande. Incluso el alcalde, a quien debía considerarse muy docto, iba muchas veces a pedir consejo a Don Rafael.

Antes de que pudiera decir nada, sacó una hoja de papel del cajón y cogió un lápiz. Justo después dijo:

- Cuando quieras, Adela.
- Gracias, don Rafael.

- No hay de que –dijo cortésmente.

- Querido Diego, espero que al recibo de esta estés bien. Yo hasta la presente, bien de salud y de ánimos, a Dios gracias. Hoy ha parido la Julia. Fermín está muy contento y le han puesto de nombre, Nuria. La niña es preciosa –como siempre, yo hablaba mientras él copiaba –¿Cómo van las cosas por ahí? Espero que... –las circunstancias me hacían pensar en que quizá estaba enviando cartas a alguien inexistente o quizá muerto y mi voz se apagó por completo.

- Tranquila, mujer. No te preocupes. Yo escribiré casi toda la carta hoy. Sé lo que quieres transmitirle. A ver... –dijo cuando se levantaba a coger unos cuantos libros- En estos libros tengo algo de poesía de los mejores escritores. El mérito no es mío, es de ellos.

Abrió y cerró varios de los libros y de algunos copiaba partes y de otros simplemente palabras. Poco después comenzó a redactar en voz alta:

- “Querido Diego: espero que al recibo de esta carta que envío siempre desde mi corazón, estés bien. Yo, aunque angustiada por tu marcha, bien de salud y de ánimo, hasta la presente, a Dios gracias. Aunque aquí en el pueblo todo sigue tranquilo yo he tenido trabajo: Juliana y Fermín han tenido una niña preciosa. El día en que el destino nos permita volver a estar juntos iremos a verla. Aunque estés lejos, tu imagen ha quedado grabada en mi memoria con tal intensidad que si cierro los ojos y pienso en ti, casi puedo volver a verte pero luego me doy cuenta de que soy una tonta, y de que tú no estás conmigo. El vacío que quedó en mi corazón no es sustituible así que por eso debes luchar, para volver y rellenar ese hueco que necesito para vivir. Diego, sé que no lo estás pasando bien, las guerras son y siempre serán inútiles, pero eso nadie lo entiende. Lo único que deseo, antes que nada, es que vuelvas. Esta separación es un veneno que me está consumiendo por dentro y por fuera. Espero que tú, mi único remedio, vuelvas para salvarme. Sin otra cosa que decirte por hoy, más que respondas a ésta, tu mujer, lo antes posible, me despido. Recibe con esta carta millones de abrazos de tu humilde esposa: Adela”

Como otras tantas veces, Don Rafael levantó los ojos para mirarme al finalizar la carta y me sorprendió llorando. Del bolsillo de su camisa sacó un pañuelo de tela

blanca y me lo ofreció. No sabía si eran las palabras o el contenido tan bien expresado, pero lo cierto es que era aquello lo que yo quería decir. Nada más.

- Es tan bonita...–dije entre sollozos.

- Es muy simple, de verdad. Además llena de tópicos, mujer –dijo sonriente el maestro.

Con otra hoja, y como siempre, hizo un sobre donde puso el nombre y apellidos de mi marido y me la entregó. Me guardé la carta en un bolsillo y me levanté de la silla. El maestro hizo lo mismo. Me acompañó hasta la salida de la escuela donde le agradecí profundamente que me hubiera escrito aquella carta.

- De nada. Y el martes que viene escribiremos otra, hasta que conteste. Como siempre, ha sido un placer, Adela.

- El placer es mío, en serio –dije por último antes de marchar.

A continuación encaminé mis pasos hacia la casa de Doña Asunción. Siempre hacía el mismo recorrido: primero a la escuela, donde el maestro me escribía la carta y después hacia la casa de esta mujer, quien la enviaba junto con otras hasta la sierra donde seguramente se encontrarían nuestros maridos. Cuando llegué, la mujer, ya bastante mayor, se encontraba bordando unas toallas de alguna señorita. Le entregué la carta no sin antes preguntarle por la salud. La mujer me agradeció el gesto y tomó la carta junto con algunas monedas con las que pagar a aquel secreto contacto que las llevaba hasta nuestros maridos. Después volví a casa para comer algo y descansar antes de ir a la casa de Don Carmelo, un guardia civil de no sé que alto rango, cuya mujer estaba embarazada y quería que fuera a verla.

### III

Recuerdo que aquel día tomé unos pimientos verdes fritos en salsa de tomate y que después me volví a tumbar, esta vez en la cama, para descansar. Más tarde fui a la casa de Don Carmelo. Era un hombre muy alto, moreno y con los ojos saltones. Tenía

un bigote muy estrecho en el labio superior y un gran lunar al lado de la nariz. Era tremendamente repulsivo y esperpéntico, pero tenía poder en todo el pueblo. Su jerarquía era la del más fuerte y allí, él ganaba la partida. En su casa me encontré a su mujer tumbada en la cama y por lo que pude ver todo estaba en orden, aunque más tarde pude comprobar como se las gastaba el guardia civil:

- Todo parece estar bien. Su mujer es muy joven y fuerte así que supongo que no habrá problemas.

- Más le vale a usted que sea así –dijo el fornido y estúpido Don Carmelo- Ah, y otra cosa. Quiero que sea niño.

- ¿Cómo? –dije extrañada ante tal petición.

- Ya me ha oído. Quiero que lo que nazca sea un niño. Me da igual como lo haga. Si no, va usted a tener que comer sopa a partir del parto.

- ¿Es una amenaza, Don Carmelo? –dije con las piernas temblándome.

- Por supuesto que lo es. Ya lo sabe. Y ahora si me disculpa –dijo señalándome la puerta- Tengo muchas cosas que hacer hoy.

Salí de la casa del guardia con tal miedo en el cuerpo que casi no me tenía en pie. Había oído muchas historias de Don Carmelo pero nunca había creído que la maldad con que lo retrataban fuera tal. Era repugnante por fuera y por dentro, incorrecto en el trato a todo el mundo, de alma sombría y de sangre muy fría. Desde aquel día comencé a rezar para que la criatura que naciese fuera un varón.

#### IV

Más tarde volví a visitar a mi amiga Juliana, para comprobar que madre e hija se encontraban correctamente. Una hora más tarde, y tras saber de la mejoría de mi amiga, me encaminé hacia mi domicilio.

Mi casa se encuentra en una calle bastante larga y antes de llegar debía pasar por delante de la de Doña Asunción. La noche estaba cayendo y yo debía apresurarme.

Pero justo cuando me acercaba a la casa de la vieja mujer, salían tres guardias civiles: dos que desconocía y Don Carmelo a la cabeza. Ahora llevaba una capa negra encima del uniforme. Pude ver que llevaba un paquete en la mano pero no qué era. Me escondí en un portal rezando para que no me viera. Los caballos en que iban montados pasaron de largo y yo corrí hasta la casa de Doña Asunción. A la entrada estaba su hija mayor, Lola, todavía con la cara de descomposición puesta. Le pregunté por lo que había pasado y ella sólo atinó a decirme que habían seguido al contacto que les llevaba las cartas y habían descubierto que la que las enviaba era su madre. Habían torturado hasta la muerte al contacto para que les contara la situación exacta de los maquis y ahora pretendían hacer lo mismo con el escritor. Tal y como me dijo Lola, el contacto no habló porque en cuanto pudo se cortó la lengua con unas tijeras para no hablar.

- ¿Y por qué? ¿Acaso es malo escribir cartas? Él no sabe nada. ¿Y cómo se han enterado?

- Adela, han torturado a mi madre hasta que ha tenido que confesar que ha sido Don Rafael quien las escribió y Don Carmelo ha debido encontrar en ellas algo que no ha debido gustarle por la cara que ha puesto.

Fue entonces cuando comencé a correr en dirección a la casa de Don Rafael. No sabía si llegaría a tiempo pero corrí tanto que no miraba ni por donde iba solamente tratando de recordar el lugar donde se encontraba la casa del maestro. Cuando llegué, la puerta estaba entreabierta pero los caballos no estaban, así que supuse que no había nadie. Entré sin llamar y encontré a Don Rafael mojando un pedazo de pan en aceite que tenía en un plato. Se quedó mirándome muy callado y torció el gesto.

- Es la hora. Supuse que llegaría.

Yo no tenía aliento para hablar pero él parecía comprender lo que estaba sucediendo.

- Tranquila y respira. Sé lo que vienes a decirme. Es Don Carmelo ¿verdad?

Asentí varias veces aún sin aliento para decir una sola palabra.

- Desde que Doña Asunción me pidió la primera vez que le escribiera una carta sabía que este momento llegaría y ahora no tengo más que aceptarlo. Me temo que debes irte, lo que verás no te va a gustar.

- Don Rafael, no voy a permitir que nada le suceda...puedo esconderlo en algún sitio -le dije como pude.

- No. La verdad es que una parte muy importante de mí me dice que me vaya con usted y me esconda pero no sería digno. Esto me lo he ganado yo pues soy el escritor de esas cartas.

Fue justo entonces cuando los cascos de los caballos se oyeron calle abajo y supusimos que se acercaban. Así, Don Rafael retiró un armario muy grande que tenía y me empujó hasta un hueco que había detrás. Yo me resistí, hasta que escuché la voz de Don Carmelo. Entonces dejé que volviera a colocar el armario y que me dejara allí escondida.

## V

Yo sólo podía escuchar lo que sucedía en la estancia así que no podré dar más detalles que los que pude oír desde detrás del armario.

Don Carmelo entró a patadas, arrasando con todo lo que había a su paso. Una vez en el comedor saludó al maestro y acto seguido le propinó un golpe tan fuerte que lo dejó tirado en el suelo. Don Rafael pareció levantarse y sentarse de nuevo:

- Caballero está usted metido un gran problema.

- No sé de qué me habla -dijo el maestro.

- Mire maestrillo, no juegue conmigo. Sabe perfectamente porqué estoy aquí.

- Me temo que en eso se equivoca, Don Carmelo.

- Le refrescaré la memoria. Se ve que además de rojo y maricón es usted olvidadizo. Esas cartas que usted escribe no me han gustado nada. Habla usted en ellas unas cosas muy feas. ¿Se acuerda ahora?

- Me temo que no sé de que me habla -repitió Don Rafael.

- Conmigo no se haga el tonto porque le mato ahora mismo -dijo propinándole otros dos o tres golpes- Me va a ensoñar usted a mí. Mire lo que escribe en las cartas. ¡Mírelo!

Supuse que se refería a todas las veces en que el maestro había escrito en las cartas que la guerra era una cosa inútil y por ello le acusaban de republicanismo. Es cierto que Don Rafael mostraba a menudo tendencia al pacifismo y al agnosticismo cosas que el guardia civil confundía y que nada tenían que ver con la política. Además también se declaró antipolítico ya que decía que su única política era hacer bien a todo el mundo y enseñar para estar bien. Todo esto confundido podía resultar una bomba de relojería.

- Muchachos, vengan aquí -dijo a voces Don Carmelo y los dos hombres se oyeron acercarse - Este personajillo tiene ganas de fiesta. Además necesita que le refresquen la memoria. Contésteme a dos preguntas y le dejaré en paz. ¿Cuántos son y dónde están? -a continuación se produjo un largo e insoportable silencio.

Después oí como los tres valientes golpeaban al indefenso maestro pero no oía ninguna clase de gemido ni de súplica por su parte. Durante unos minutos que me parecieron eternos magullaron salvajemente el estómago, la cara, la espalda, los brazos y las piernas de Don Rafael. Yo comencé a llorar no sólo por el miedo que estaba pasando sino también por aquella persona que tanto bien me había hecho. Temí que mi llanto se oyera y me metí una manga de la camisa en la boca. De todas formas, ellos seguían en su tarea insultándole y escupiéndole cosas que él no era.

Pasado largo rato pararon y Don Carmelo volvió a hablar con la voz ajetreada a causa del cansancio:

- Dime algo, o te juro que...es que encima eres un cabrón con suerte. El alcalde no nos ha permitido que te matemos. Tienes buenos amigos, rojo de mierda. Pero claro nos ha dicho que ejerzamos la autoridad y esa es mi parte. Prométeme que no escribirás más cartas y te dejaremos.

Don Rafael no contestaba, no sabía si a causa de los golpes o por salvar la dignidad que le quedaba.

- Muy bien. Pues yo mismo me aseguraré de ello. Sentadlo en esa silla y sujetadlo. Voy a operarlo con esto mismo -dijo el guardia civil cogiendo un cuchillo que había en la mesa.

Juro que durante los siguientes minutos sólo oí risas de los monstruos que le estaban cercenando los dedos uno a uno con un cuchillo de cocina. Don Rafael no abrió la boca en todo el rato ni para confesar ni para chillar. Y por ello también se mofaban los criminales. Cuando hubieron terminado se fueron y dejaron al pobre maestro tirado en el suelo con los diez dedos de las manos cortados. Yo volví a empujar el armario y me encontré la escena más terrorífica que jamás he visto. Había un gran charco de sangre debajo de Don Rafael y sus manos no paraban de emanar sangre. Como pude le hice un torniquete en cada brazo para que la hemorragia parara. El maestro estaba plenamente consciente aunque los golpes le habían destrozado la cara y le habían producido grandes hematomas. Me sonrió tímidamente y volvió a relajarse la cara. Le curé las manos cuando dejaron de sangrar. Pero necesitaría los cuidados de una persona veinticuatro horas al día. Entonces cerré la puerta y decidí que se lo debía. Yo debía devolverle todos los favores que aquel hombre me había hecho y no podía ser de otra manera.

## VI

Durante cinco semanas fui su sombra. La primera la pasó entera en su cama y sin hablar. No podía mover ni un músculo y por tanto el reposo debía ser total, así que estaba casi todo el día dormido. Durante la segunda, volvió a poder hablar pero no con normalidad. Perdió mucho peso a causa de que no podía comer nada sólido. Le afeitó durante la tercera semana y le cortó el pelo. Los daños sufridos habían comenzado a desaparecer, excepto por los dedos, que nunca volvería tener. Muchas veces

le vi mirándose las manos y no podía evitar que se me escaparan las lágrimas. Habían destrozado la vida de aquel hombre y yo intentaba reconstruir lo que podía ayudándole en el aspecto físico y en el mental. Por ello hablábamos durante horas. Yo me sentaba en una silla que había al lado de la cama y me tiraba horas charlando con aquel maravilloso hombre.

Para la cuarta semana, todo el pueblo sabía que yo vivía en la casa del maestro, pero tampoco me acusaron de nada ya que todo el mundo conocía a aquellas alturas lo que había sucedido. Y si lo hicieron, yo nunca me enteré.

Don Rafael me decía que yo era alguien venido del cielo, porque tanto cuidado no podía ser bueno. Muchas veces me invitó, siempre muy cortésmente, a que me marchara cuando quisiera, pero yo le daba cuidados y él a mi, compañía. De este modo nos nutríamos uno al otro. Una tarde de calor, abrí la ventana de la habitación donde él estaba y me senté con mi abanico a charlar. El sonido de los pájaros y de las chicharras en la calle parecía relajarnos a ambos y nos ayudaba a contar cosas que jamás hubiéramos contado a nadie.

- Don Rafael, ¿cree usted que mi marido recibió las cartas?

- Estoy completamente seguro.

- A veces pienso en que quizá no vuelva nunca, en que voy a estar sola el resto de mis días y eso me aterra.

- No hay que temer a la soledad. En soledad se hacen las cosas más importantes de la vida -decía muy tranquilo y sin mirarme- Solos nacemos y solos morimos. Nunca nadie nos acompaña en esos momentos y eso que son los más importantes...

En ese preciso instante vi como se le saltaban las lágrimas. Su cara se tornó apagada y sus ojos se mantuvieron fijos en un punto: una fotografía que había en la pared, enfrente de la cama. En la foto, una composición a medio camino entre la fotografía y la pintura, había retratada una joven de tez blanca y pelo claro. Tenía los ojos muy grandes, o así me lo parecían a mí. Nunca me atreví a preguntarle quién era para no invadir demasiado su intimidad. Pero entonces él habló sin que yo le preguntara:

- Cuando la conocí tenía diecisiete años y era la joven más preciosa del mundo. Me enamoré de ella la primera vez que la vi. Yo era el hijo de un comerciante y ella de un labrador medio acomodado. Nos conocimos porque yo tenía que pasar por su casa diariamente para preguntar a su padre si necesitaba algo. Ella me correspondía las miradas al principio, y más tarde, hizo lo propio con los besos y las caricias. Recuerdo todavía nuestras escapadas por la sierra para estar juntos. Los besos robados y las miradas inquietas son quizá lo que más recuerdo –decía el maestro con una sonrisa amplia en la boca pero aún con los ojos puestos en el mismo punto- Recuerdo, también vivamente, el día en el que pedí su mano. Su padre no cabía en sí de gozo. Su hija había encontrado un hombre que la quería y que podría mantenerla, pues por aquellos momentos yo había comenzado a trabajar como maestro en nuestro pueblo. Pero entonces todo comenzó a ir mal. Parecía como si alguien no quisiera que las cosas nos fueran bien. Preparando la boda, mi padre tuvo un accidente y murió. Mi madre, que no pudo soportar la pérdida de la persona a quien más quería, murió de pena sumida en un mar de luto. La boda no podría celebrarse en esas condiciones y se aplazó.

<<Maruja, que así se llamaba mi novia, comenzó a pensar que yo no quería celebrarla y comenzaron las dudas. Aunque nos queríamos, yo no podía dedicarme a ella tanto como deseaba sino al negocio que mi padre me había legado. Al cabo de dos años, mi novia se casó con Don Felipe, uno de los terratenientes del pueblo, quien según decían, la trató bien sólo hasta la noche de bodas. Intenté recuperarla varias veces, pero en una de ellas, Don Felipe mandó a unos matarifes para que me dieran una paliza. Fue así como perdí la visión del ojo izquierdo y como consecuencia gané no ir al frente. Me hubiera alistado de buena gana, de verdad. Poco después, cuando me enteré de que Maruja había sido maltratada brutalmente hasta la muerte, fui a vér-melas, ciego por el odio, con don Felipe. Le asesté tres patadas en los cojones dejándolo, según me contaron después, castrado para siempre. Como con mi novia no había tenido hijos, nunca los tuvo y su fortuna se perdió. Pero claro, un señorito con

influencias como era él, no iba a quedarse con los brazos cruzados. Consiguió, entre otras cosas, que me trasladaran lo más lejos posible de mi familia y mis amigos. Y así llegué aquí, a este pueblecito, perdido y borrado del mapa, donde mi única distracción fue escribir cartas para vuestros maridos, las cuales iban dirigidas verdaderamente a Maruja mi único y gran amor...>>

Cuando Don Rafael terminó, dos grandes lágrimas le corrieron las mejillas. Yo, suspirando, le tomé las manos vendadas y se las besé. Comprendí la belleza de aquellas cartas, aquel veneno del que hablaba, aquella dura separación, aquel amor tan profundo y que no temiera a la soledad pues se había acostumbrado a ella sin más remedio.

Entonces volvió su mirada hacia mí. Me hizo entender que las cartas sí habían llegado al destino, que el receptor de aquellas no eran nuestros maridos, sino Maruja. Por ello las leía en voz alta, no para que le diéramos nuestra opinión sino para que ella, estuviera donde estuviera, escuchara aquellas palabras que le dedicaba. Entonces fue cuando no pude evitar que el labio inferior me temblara y que de mis ojos brotara un manantial de lágrimas que derramé sobre su colcha. El amor le había hecho escribir las palabras más bonitas que se pudieran escuchar y le habían castigado por ello. Del dolor, mi llanto pasó a la rabia. No podía creer que a las personas como Don Rafael la vida los tratara tan mal. Y luego estaba ese animal de Don Carmelo. De la rabia pasé a un estado de rencor hacia el guardia civil. Le odiaba con toda mi alma y le deseé lo peor del mundo. Aunque como me dijo el maestro, sin dejar de mirar el retrato de la pared: “Adela, el destino no se queda con nada de nadie. No desees mal. La vida sabrá que hacer”. Y tenía mucha razón.

## VII

A la quinta semana, yo estaba limpiando los platos en casa del maestro, cuando llamaron insistentemente a la puerta. Me asusté mucho de nuevo. Los golpes cesaron

y yo sólo oía los latidos de mi corazón martilleando en mis oídos. Me acerqué sigilosamente a la puerta y escuché la única voz del pueblo que no deseaba oír: la de Don Carmelo.

- ¡Ábrame, mujer! Sé que está ahí –dijo con mucha violencia.

Yo, mordiéndome la lengua y con muchísimo miedo obedecí.

- ¿Qué desea, Don Carmelo?

- Mi mujer ha roto aguas. Quiero que venga a casa ahora mismo.

Inventé miles de excusas en mi cabeza pero ninguna se atrevió a salir. Sé que soy una cobarde, pero ya no solo temía por mí sino también por Don Rafael, que seguía en la cama sin poder moverse.

- Ahora mismo voy. Vayan preparando toallas y agua caliente mientras me arreglo.

- No voy a arriesgarme a eso. Usted se viene conmigo ahora mismo –dijo cogiéndome del brazo con tanta fuerza que sentí mis huesos crujir.

Tuve que obedecer a rastras su petición y cuando llegué a su casa encontré a su esposa, casi desfallecida por el dolor, en un sofá. Exigí que la subieran a la planta de arriba, donde estaba su habitación. Una vez allí, el alumbramiento comenzó. He asistido a muchos partos pero ninguno tan difícil como aquel. El niño, porque gracias a Dios era un varón, venía de piernas y no como casi todos, de cabeza. También pude observar que tenía el cordón umbilical enredado en el cuello. Cualquiera hubiera dicho que aquella criaturita no venía para nacer. Cuando llevábamos dos largas horas de parto yo estaba agotada. No quería salir, o esa era la impresión que a mí me daba y cuanto más tardáramos, más aumentaba el riesgo de que el bebé muriera. Al final, y con mucho esfuerzo por mi parte, el bebé salió vivo. Aunque sólo estábamos en la estancia la madre y yo, cuando vimos al bebé a las dos se nos aceleró el pulso y ella rompió a llorar. Era mucha la emoción del momento pero no era por eso. El bebé había naci muñones, como si una mano divina (o quizá demoníaca) lo hubiera mutilado. Fue entonces cuando comprendí las palabras de Don Rafael. Y lloré aquello durante mucho tiempo.

Cuando recibí la carta que me anunciaba la defunción de mi marido, no me sorprendí. La guardé junto a sus cosas, en mi casa, donde nunca más volví. Desde aquellos días, vivo en casa del maestro. Ahora he aprendido a leer y a escribir, Don Rafael me ha enseñado aunque no pudo ejercer más como maestro en nuestro pueblo.

En cuanto a Don Carmelo, diré que su hijo murió el mismo día que cumplió los dieciocho, reportándole aún más dolor a un monstruo que desde el momento del nacimiento de aquel, tuvo que dormir con las luces encendidas debido al miedo que le provocaba quedarse a oscuras. Creía que le perseguían dos demonios pero verdaderamente lo que le atormentaban eran los remordimientos que lo fueron consumiendo hasta el día que murió. En su lápida, alguno de los del pueblo o uno de tantos a quién aquel asesino aterrorizó durante tanto tiempo, quizá con una navaja, inscribió toscamente: “Más tarde o más temprano, el destino se ocupa de nosotros”.



ILUSTRACIÓN



SIN TÍTULO

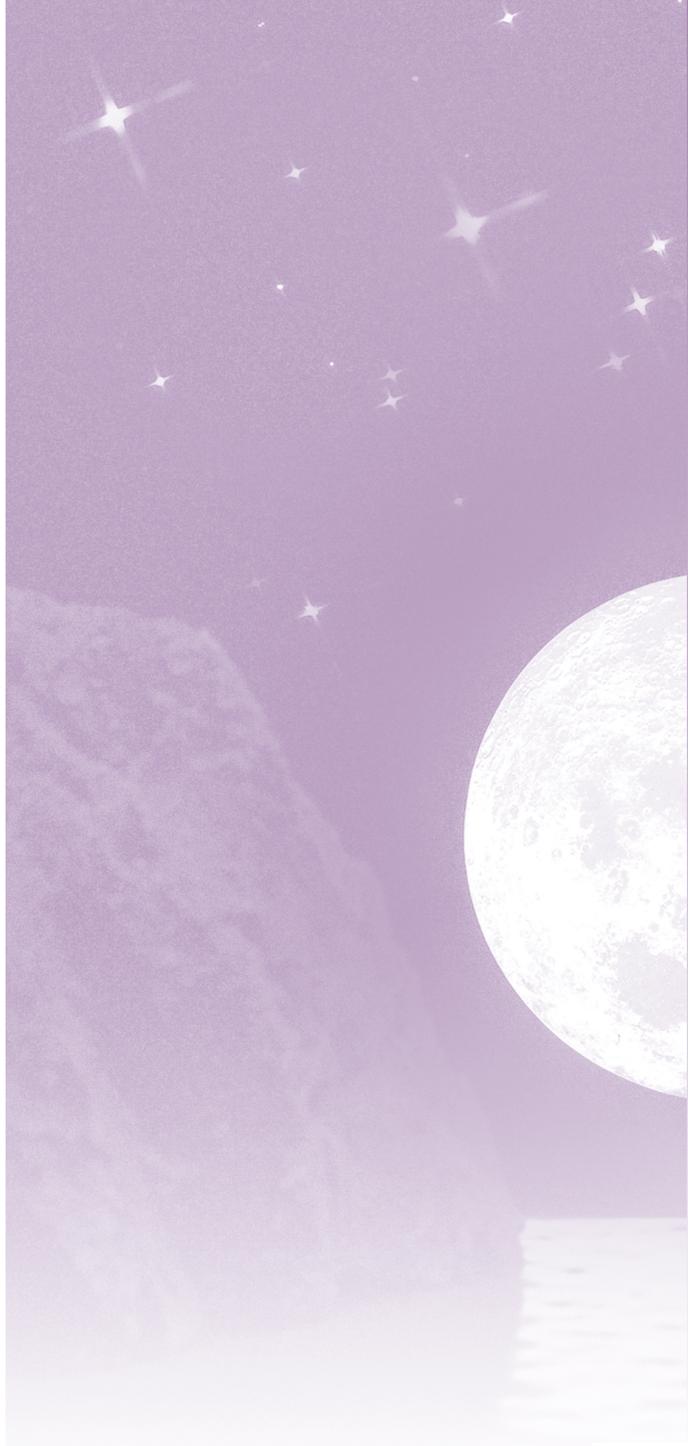


Primer premio ilustración

Alberto Vázquez Rico







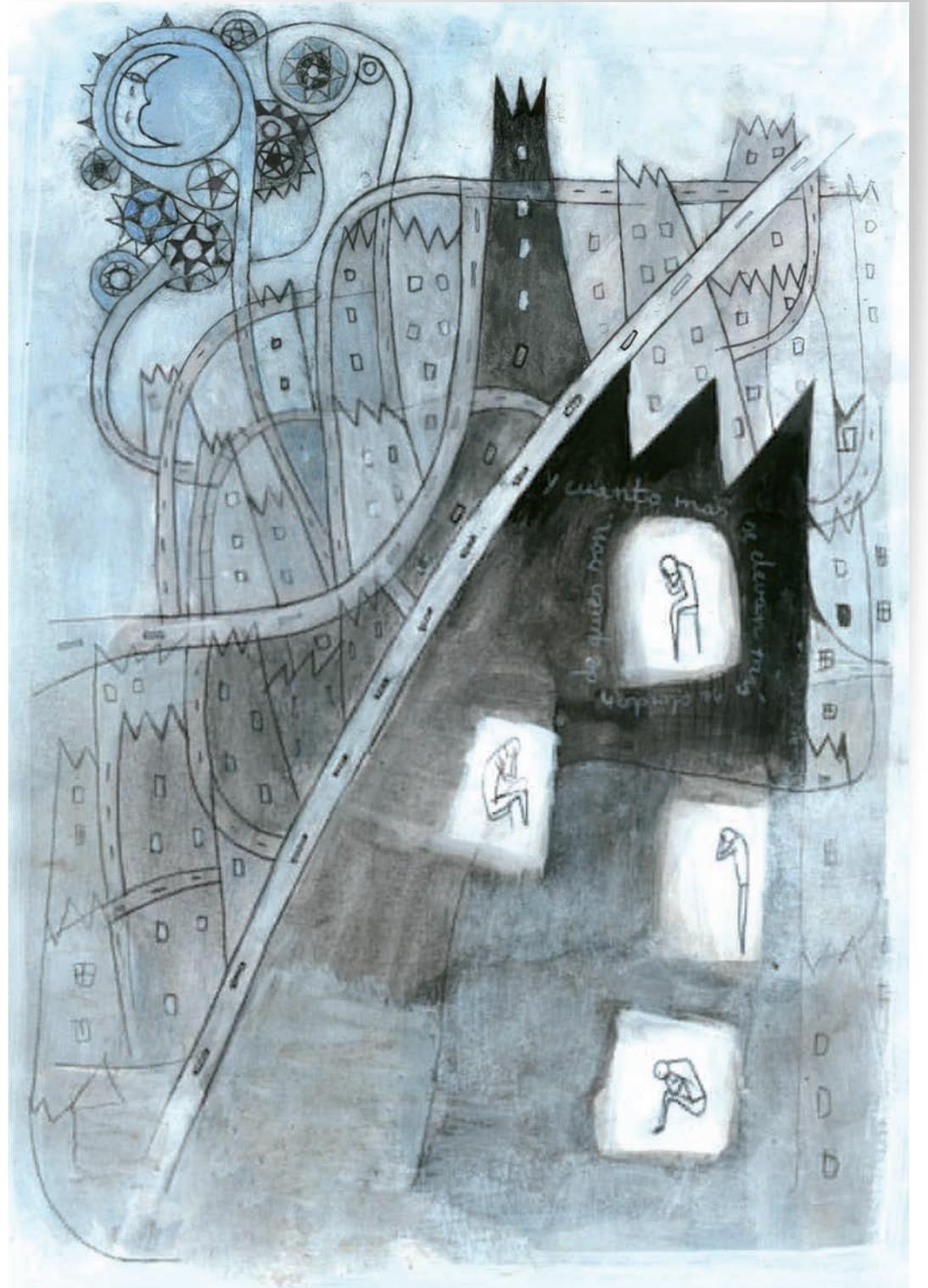
INSOMNIO



Segundo premio ilustración

Tomás Gimeno Ramallo







PERSIGUIENDO LOS SUEÑOS



Tercer premio ilustración

Gisela Bombilá Murillo







EL SUEÑO DE SEGISMUNDO



Accésit

Ana R. Macías Vilches



Soñó que  
atravesaba la calle  
sin ir de la  
mano de un adulto.





IMÁGENES ONÍRICAS



Accésit

Jesús Albano López Hernández







## ÍNDICE

### RELATOS

#### RECONQUISTA, SEIS GUARDIANES Y UN CABALLERO

Luis Jacinto Gómez Escobar

11

13

#### ASÉSINO POR CULPA DE UN TRASTORNO MAL CURADO

Miguel Ángel Carroza Barroso

33

#### EL ESCRITOR DE CARTAS DE AMOR

Francisco David Rúa Caballero

53

### ILUSTRACIÓN

#### SIN TÍTULO

Alberto Vázquez Rico

73

77

#### INSOMNIO

Tomás Gimeno Ramallo

81

#### PERSIGUIENDO LOS SUEÑOS

Gisela Bombila Murillo

85

#### EL SUEÑO DE SEGISMUNDO

Ana María Rodríguez Macías

89

#### EL SUEÑO DE SEGISMUNDO

Jesús Albano López Hernández

93



